

[DEL PARAÍSO.]

ADVERTENCIA AL LIBRO DEL PARAÍSO.

No nos atrevemos a afirmar que el libro del Paraíso sea la primera obra de Ambrosio, pero no dudamos en situarlo entre las primeras. Hay razones para pensar así. Dado que esta obra está llena de variada y múltiple doctrina, parece poco probable que la haya compuesto en el primer año en que, como él mismo decía (Lib. I Offic. 1), fue arrebatado de los tribunales y de las insignias de la administración al sacerdocio. Sin embargo, no es fácil aceptar que deba ser rechazada más allá del año siguiente; ya que el santo varón, en una carta a Sabino, menciona que esta misma obra ya había sido elaborada por él cuando aún no era un sacerdote veterano (Epist. 42). Esto puede deducirse que ocurrió alrededor del año 375 de la salvación restaurada, ya que Ambrosio fue elegido para el episcopado en 374, y nada parece impedir que le diera el toque final antes de que comenzara a escribir los libros sobre las Vírgenes, que compuso cuando aún no era un sacerdote de tres años (Lib. II de Virgin., cerca del final).

En este libro sobre el Paraíso, discute y, mediante una breve exposición del texto sagrado, muestra qué, cómo y dónde fue (Cap. 1): qué hicieron en él los primeros padres; con qué engaño, en qué orden, con qué arte (Ibid) fueron tentados por el diablo y finalmente cayeron en pecado. Dedicó su principal esfuerzo a refutar a los discípulos de Apeles (Cap. 2, 5, 6 y sig.) que impugnaban la autoridad del antiguo pacto: pero parece que, a través de ellos, dirige su ataque a los maniqueos, que en ese tiempo infestaban la Iglesia de Milán, ya que tal vez aún no se atrevía a enfrentarlos abiertamente. Resuelve las vanas sutilezas de los apelistarios y se levanta contra ellos con tanta más vehemencia cuanto más temía que el pueblo recientemente confiado a su vigilancia fuera engañado por las falacias de los herejes. Sin embargo, el trabajo y la industria del santo prelado no se limitan a la refutación de los herejes. También se extiende a los judíos, a quienes, aprovechando la oportunidad, ataca y derrota con no poca fuerza. Además, refiere varias opiniones de hombres católicos: pero solo suscribe aquellas que considera más verdaderas. De hecho, a menudo sucede que, sin rechazar ninguna de ellas, no duda en proponer su propia opinión. Y tal vez por esto, algunos han atribuido el título de "disputación" a esta obra. Se añade al final de los códices más antiguos de la Iglesia de Reims y del colegio de Clermont, en el primero, "explicita disputatio de Paradiso", y en el segundo, "explicita Paradisi disputatio de servanda animae puritate". Pero en ambos se inscribe, "Incipit domni Ambrosii de Paradiso", donde se puede conjeturar que la palabra "disputatio" ha sido omitida de las palabras con las que terminan. Sin embargo, dado que Agustín (Lib. II contra Jul. c. 5 y sig.) ha alabado esta misma obra más de una vez con el nombre de libro, nos parece más verosímil que Ambrosio le haya dado ese título; y por lo tanto, en los códices mencionados, la palabra "disputatio" debe entenderse en el sentido de libro o cualquier género de escritura.

Por lo demás, no sería fácil definir si lo contenido en esta obra fue primero pronunciado al pueblo y luego Ambrosio lo compuso en forma de libro a su manera. Tal vez se podría probar que así fue, ya que en él hay muchas cosas que pertenecen a la formación de las costumbres cristianas, y sobre todo porque toda la disputa parece apuntar a que los herejes no engañen con interpretaciones maliciosas a las mentes simples (Cap. 5). Sin embargo, como no encontramos en este la característica de otras obras de nuestro Doctor, que fueron convertidas en libros a partir de sermones, debemos concluir que esta disertación no consta de sermones de ninguna manera, o ciertamente que estos han sido ordenados de tal manera que no revelan ni el más mínimo indicio de Ambrosio como predicador.

No debe omitirse que él no solo tomó algunas cosas de los libros de Filón el Judío "Allegoriarum legis", como algunos han pensado, sino también de su obra "de mundi opificio". Pero además de que son pocas y pertenecen al sentido alegórico de la Escritura, en ellas sigue el pensamiento de Filón, no sus palabras, y lo que en ese autor estaba impregnado de espíritu judío, Ambrosio lo convierte en una doctrina cristiana muy acorde con el Evangelio.

LIBRO ÚNICO DE SAN AMBROSIO, OBISPO DE MILÁN, SOBRE EL PARAÍSO. (C)

CAPÍTULO I.

Cuán difícil es disertar sobre el paraíso. Sin embargo, se indica su autor, naturaleza, ubicación, habitante; y el asunto se traduce al sentido místico.

1. Y plantó Dios un paraíso en Edén, hacia el Oriente: y puso allí al hombre que había formado (Gen. II, 8). El discurso sobre el paraíso parece infundirnos no poca inquietud, al desear investigar y explicar qué es el paraíso, dónde está y cómo es; especialmente cuando el Apóstol, ya sea en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sabe, pero dice que fue arrebatado hasta el tercer cielo. Y de nuevo: Sé, dice, de tal hombre, ya sea en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé, Dios lo sabe; que fue arrebatado al paraíso, y oyó palabras inefables, que no es lícito al hombre hablar... Por tal cosa me gloriaré, pero por mí no me gloriaré, sino en mis debilidades: porque si quisiera gloriarme, no sería insensato: pues digo la verdad (II Cor. XII, 5 y 6). Por lo tanto, si tal es el paraíso, que solo Pablo, o algún hombre semejante a Pablo, pudo ver mientras vivía en esta vida; sin embargo, ya sea en el cuerpo o fuera del cuerpo lo vio, no puede recordarlo; pero oyó palabras que le fue prohibido divulgar lo que había oído: ¿de qué manera podremos nosotros describir la ubicación del paraíso, a quien ni siquiera hemos podido ver: y si hubiéramos podido verlo, sin embargo, se nos prohibiría comunicarlo a otros? Al mismo tiempo, como Pablo temió exaltarse por la sublimidad de las revelaciones, cuánto más debemos temer nosotros indagar con más cuidado aquello cuya revelación también está sujeta a peligro. Por lo tanto, no debemos considerar este paraíso como material; y por eso dejemos que sea un secreto de Pablo.

2. Sin embargo, ya que aquí leemos en el Génesis que Dios plantó un paraíso hacia el Oriente, y allí puso al hombre que había formado; ya podemos encontrar al autor de este paraíso. ¿Quién es, en efecto, el que pudo formar el paraíso, sino el Dios omnipotente, que dijo y fueron hechas las cosas, nunca necesitando de lo que quería generar? Él mismo plantó el paraíso del que dice la Sabiduría: Toda plantación que no plantó mi Padre, será arrancada (Mat. V, 13). Buena plantación de los ángeles, buena de los santos. Pues los santos se dice que estarán bajo la higuera y la vid en aquel tiempo de paz, en los cuales hay un tipo de ángeles (Miqueas IV, 4).

3. Por lo tanto, el paraíso es un lugar que tiene muchos árboles, pero árboles fructíferos, árboles llenos de savia y virtud, de los cuales se dice: Se regocijarán todos los árboles del bosque (Sal. XCV, 13); árboles siempre florecientes con la verdor de los méritos, como aquel árbol que está plantado junto a corrientes de agua, cuyo follaje no se marchita; porque todo su fruto abunda. Este, por lo tanto, es el paraíso.

4. El lugar donde está plantado se llama deleite. De donde también el santo David dice: Los saciarás del torrente de tus delicias (Sal. XXXV, 9). Pues has leído: Porque un río sale de Edén, que riega el paraíso (Gen. II, 10). Estos, por lo tanto, son los árboles de los santos, que

están plantados en el paraíso, como si fueran regados por un torrente del espíritu. De lo cual también dice en otro lugar: El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios (Sal. XLV, 5). Pero esa ciudad que está arriba es Jerusalén libre, en la cual brotaron diversos méritos de los santos.

5. En este paraíso Dios puso al hombre que había formado. Entiende también que no puso al hombre que es según la imagen de Dios, sino al que es según el cuerpo. Pues lo incorpóreo no está en un lugar. Pero lo puso en el paraíso como el sol en el cielo, esperando el reino de los cielos, así como la creación espera la revelación de los hijos de Dios.

6. Por lo tanto, si el paraíso es donde brotaron las plantas, parece que el paraíso es el alma que multiplica la semilla recibida, en la cual se planta cada virtud, en la cual también estaba el árbol de la vida, esto es, la sabiduría, como dijo Salomón (Sab. VII, 25): porque la sabiduría no brotó de la tierra, sino del Padre. Pues es el resplandor de la luz eterna, y la emanación de la gloria del omnipotente.

CAPÍTULO II.

Que el árbol del conocimiento del bien y del mal estaba en el paraíso, y que allí existía la serpiente, no es reprochable. Y qué han entendido algunos por la serpiente, Adán y Eva.

7. Pero había un árbol del conocimiento del bien y del mal en el paraíso. Pues así tienes: Que Dios produjo un árbol hermoso a la vista, y bueno para comer, y el árbol de la vida en el paraíso, y el árbol del conocimiento del bien y del mal (Gen. II, 9). Más adelante veremos si este árbol también era hermoso a la vista, y bueno para comer como los demás. Pues en ese lugar se discutirá más oportunamente, cuando encontremos al hombre engañado por haber comido de este árbol. Por ahora no tenemos nada que debemos reprochar, aunque no podamos conocer la razón. Pues en esta creación del mundo, si hay cosas que nos parecen difíciles de entender, e incomprensibles para nuestro ingenio, no debemos condenarlas con un juicio temerario, como la creación de las serpientes, o de algún animal venenoso; ya que los hombres aún no podemos entender y conocer la razón por la cual cada cosa fue hecha. Así también en las Escrituras divinas no debemos reprochar fácilmente algo que no podemos entender. Pues hay muchas cosas que no deben medirse por nuestro ingenio, sino que deben estimarse desde la altura de la disposición divina y de la palabra.

8. Supón, sin embargo, sin prejuicio de una futura afirmación, que por eso te desagrade este árbol del conocimiento del bien y del mal, porque después de que los hombres comieron de él, entendieron que estaban desnudos; sin embargo, para la consumación de la operación divina te diré que este árbol brotó en el paraíso, y por eso fue permitido por Dios, para que pudiéramos conocer la supereminencia del bien. Pues, ¿cómo podríamos discernir entre el bien y el mal si no hubiera conocimiento del bien y del mal? Pues ni siquiera lo que era malo, lo juzgaríamos malo, si no hubiera conocimiento del bien: pero no podría haber conocimiento del bien, si no hubiera también bien: ni tampoco sabríamos que lo que era bueno, era bueno, si no hubiera conocimiento del mal. Toma un ejemplo de la misma condición del cuerpo humano. Sin duda tiene también una cierta amargura de la bilis, que si miras en conjunto, se encuentra útil para la salud del hombre. Por lo tanto, lo que consideramos malo, a menudo no es malo en todo, sino útil en conjunto. Pues así como la bilis está en parte del cuerpo, y sin embargo beneficia al cuerpo en su totalidad: así Dios, sabiendo que el conocimiento del bien y del mal sería útil para todos, lo constituyó en parte, para que beneficiara en conjunto.

9. Finalmente, encuentras una serpiente en el paraíso, ciertamente no generada sin la voluntad de Dios. Pero en la figura de la serpiente está el diablo. Pues que el diablo estaba en el paraíso también lo enseña el profeta Ezequiel, quien dice sobre el príncipe de Tiro: En el deleite, dice, fuiste hecho en el paraíso (Ezequiel XXVIII, 13). Pero tomamos al príncipe de Tiro en figura del diablo. ¿Acaso acusaremos también a Dios por esto, porque no podemos comprender los tesoros de su altura y sabiduría ocultos en Cristo y escondidos, excepto aquellos que él mismo ha dignado revelar? Sin embargo, reveló para que sepamos que incluso la malicia del diablo beneficia a los hombres para la salvación. No porque el diablo quiera beneficiar, sino porque el Señor convierte su malicia, incluso resistiendo, en nuestra salvación. Finalmente, la malicia de este hizo que la virtud y la paciencia del santo varón Job fueran más claras. La malicia de este ejerció su justicia; para que luchara y venciera, y la victoria fuera seguida por la corona. Pues nadie es coronado si no ha competido legítimamente. La castidad de José tampoco habría llegado a nuestra memoria, si la mujer de su amo, incitada por los dardos encendidos del diablo, no hubiera intentado su afecto, si finalmente no hubiera intentado su destrucción, para que la castidad del varón fuera más clara, quien despreció la muerte por la castidad. ¿Quieres conocer el consejo de Dios? Sin duda, con el diablo como autor, parecen prepararse muertes para los hombres justos, también se ejercitan parricidios de hijos; sin embargo, el Señor también tentó a Abraham con este arte, para que le pidiera inmolar a su hijo. Por esta tentación, Abraham fue comprobado fiel al Señor, porque no fue desviado del deber de devoción ni por la compasión de su amado hijo. Así, pues, también el árbol del conocimiento del bien y del mal en el paraíso; que era hermoso a la vista, y bueno para comer en apariencia. Pues no era bueno para comer en uso; ya que su comida parece haber perjudicado a los hombres. Por lo tanto, hay algo que perjudica a algunos, pero beneficia en conjunto, como el diablo perjudicó a Judas, pero coronó a todos los demás apóstoles, que vencieron las tentaciones de su malicia.

10. Por lo tanto, no hay que dudar ni reprochar que el diablo estuviera en el paraíso; ya que no pudo cerrar el camino a los santos, para que nadie ascendiera. Pues no arrebató a los justos la morada de la posesión como si fuera un poseedor. Supón que apartó a algunos perezosos y viciosos de la posesión de la herencia celestial, será mucho más augusto y hermoso que sea excluido por las oraciones de los santos, cuando se cumpla aquello: Veía a Satanás caer del cielo como un rayo (Luc. IX, 18). Por lo tanto, no temamos a aquel que es tan débil que él mismo también caerá a la tierra. Recibió ciertamente la licencia de tentar: pero no recibió la capacidad de subvertir, a menos que el afecto débil caiga por su propia voluntad, que no sepa buscar ayuda para sí mismo. Y por eso es necesario conocer con qué engaño tentó al primer hombre, qué pensó que debía ser tentado en el hombre, en qué orden, con qué arte, para que podamos evitarlo.

11. Sin embargo, muchos que quieren que el diablo no estuviera en el paraíso, aunque lo hayamos leído de pie en el cielo con los ángeles, para que no se ofendan con nuestro discurso, tomen según su propia voluntad la interpretación de esta lectura. Pues antes de nosotros hubo quien recordó que la transgresión fue cometida por el hombre por el placer y el sentido, tomando en la figura de la serpiente la figura de la delectación, en la figura de la mujer el sentido del alma y de la mente, que los griegos llaman αἴσθησιν: pero habiendo sido engañado el sentido, afirmó que la mente transgresora según la historia, que los griegos llaman νοῦν. Por lo tanto, en griego νοῦς tomó la figura del varón, αἴσθησις de la mujer. De donde también algunos interpretaron a Adán como νοῦν terrenal. Pero el Señor en el Evangelio puso a aquellas vírgenes con lámparas encendidas o apagadas esperando la venida del esposo como sentidos íntegros de los sabios, o corrompidos de los insensatos. Pues si Eva, esto es, el sentido de la primera mujer, hubiera tenido lámparas encendidas, nunca nos

habría implicado en las cadenas de su transgresión, ni habría caído de aquella virtud de inmortalidad.

CAPÍTULO III.

Que por la fuente del paraíso se designa a Cristo; por los cuatro ríos que de allí surgen, las virtudes cardinales, y las cuatro edades del mundo.

12. Por lo tanto, el paraíso es una tierra fértil, esto es, un alma fecunda, plantada en Edén, esto es, en una tierra ejercitada o en un cierto deleite, en la cual está el deleite del alma. También es $\nu\omicron\upsilon\zeta$ como Adán: y es sentido, como Eva. Y para que no tengas algo que retorcer a la debilidad de la naturaleza, o a la condición sujeta a peligros, considera qué ayudas tiene esta alma.

13. Había una fuente que regaba el paraíso. ¿Qué fuente, sino el Señor Jesucristo? Es fuente de vida eterna, así como el Padre; porque está escrito: Porque contigo está la fuente de la vida (Sal. XXXV, 10). Finalmente, de su vientre fluirán ríos de agua viva (Juan VII, 38). Y se lee fuente, y se lee río que riega el árbol fructífero del paraíso, que lleva fruto para la vida eterna. Esta fuente, como has leído, pues dice, una fuente sale de Edén, es decir, en tu alma hay una fuente. De donde Salomón dice: Bebe agua de tus vasijas, y de los manantiales de tus pozos (Prov. V, 15). Esta es la fuente que sale de esa alma ejercitada y llena de deleite: esta fuente que riega el paraíso, esto es, las virtudes del alma que brotan con mérito eminente.

14. Y se divide, dice, esta fuente en cuatro cabezas. El nombre de una es Pisón: esta es la que rodea toda la tierra de Evilat, donde hay oro. El oro de esa tierra es bueno, donde hay carbunco y piedra prásina. Y el nombre del segundo es Geón: este es el que rodea toda Etiopía. Y el tercer río es Tigris: este es el que va contra los asirios. Y el cuarto río es Éufrates (Gen. II, 10 y sig.). Estos, por lo tanto, son cuatro ríos, esto es, según los hebreos. Ganges según los griegos, que fluye contra la India. Geón es el Nilo, que rodea la tierra de Egipto o Etiopía. Mesopotamia se llama así porque el Tigris y el Éufrates la han encerrado; ya que está situada entre estos dos ríos, lo que incluso el nombre mismo y la opinión común han expresado a los que están lejos. Pero así como se dice que la fuente es la Sabiduría de Dios. Pues es fuente según el Evangelio que dice: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba (Juan VII, 37); es fuente también según el profeta que dice: Venid y comed de mis panes, y bebed el vino que he mezclado para vosotros (Prov. IX, 5). Así como la fuente de vida es la Sabiduría, fuente de gracia espiritual: así es fuente de las demás virtudes, que nos dirigen al curso de la vida eterna. De esta alma que ha sido cultivada, no de la que es inculta, procede esta fuente, para regar el paraíso, esto es, ciertos arbustos de diversas virtudes, de las cuales son cuatro las cabezas en las que se divide esta sabiduría. ¿Cuáles son las cuatro cabezas de las virtudes, sino una de la prudencia, otra de la templanza, la tercera de la fortaleza, la cuarta de la justicia? (Platón, lib. IV, de Repub.) Que también los sabios de este mundo han tomado de los nuestros, y las han trasladado a sus escritos. Por lo tanto, así como la fuente de la sabiduría, también estos cuatro ríos son ciertos flujos de virtudes que manan de esa fuente.

15. Por lo tanto, Pisón es la prudencia, y por eso tiene buen oro, carbunco espléndido, y piedra prásina. Pues frecuentemente tomamos el oro por los hallazgos prudentes. De donde también el Señor por el Profeta dice: Le di oro y plata (Oseas II, 8). Y David dice de los prudentes: Si dormís entre los cleros, las alas de la paloma están plateadas, y las partes traseras de su dorso en apariencia de oro (Sal. LXVII, 14): porque quien se adhiere al Antiguo y Nuevo Testamento, puede proceder en la misma abundancia de la sabiduría secreta

de Dios en la discusión. Por lo tanto, dice buen oro, no aquel monetario que es corruptible y terrenal. También tiene carbunclo espléndido, en el cual vive una pequeña llama de nuestra alma. También tiene piedra prásina, que parece mostrar algo verde y vital en la apariencia de su color. Pues los arbustos que viven están verdes, se secan en cambio los que mueren: la tierra está verde mientras florece, y las semillas están verdes mientras brotan. Y bien se ha puesto en primer lugar este río Pisón, que según los hebreos se llama Pisón, esto es, cambio de boca; porque no rodea solo una nación, sino que también fluye por Lidia. Pues la prudencia no es algo estrecho, sino rica en utilidades, que beneficia a muchos. Por eso es la primera, para que si alguien ha salido del paraíso, lo reciba como un río de prudencia, para que no pueda secarse rápidamente: sino que por este pueda regresar fácilmente al paraíso. Este río es frecuentado por muchos hombres, y se dice que tiene la mayor belleza y fertilidad. Y por eso se toma la prudencia en la apariencia de este, que ha traído muchos frutos en la venida del Señor. Y fluye en los confines de la tierra, porque por la Sabiduría todos los hombres han sido redimidos. De donde también se ha dicho: Por toda la tierra ha salido su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras (Sal. XVIII, 5).

16. El segundo río es Geón, junto al cual se dio la ley a los israelitas, cuando estaban en Egipto; para que salieran de Egipto, y comieran el cordero con los lomos ceñidos, lo cual es un signo de templanza. Pues es necesario que los castos y santificados celebren la pascua del Señor. Y por eso junto a este río se estableció primero la observancia legítima; porque este nombre significa una cierta abertura de la tierra. Así como la abertura absorbe la tierra y cualquier impureza o follaje que haya en ella: así la castidad suele abolir todas las pasiones del cuerpo. Y con razón allí se estableció primero la constitución de la observancia, porque por la ley se absorbe el pecado carnal. Bien, pues, Geón, en el que hay una figura de castidad, se dice que rodea la tierra etíope; para lavar el cuerpo despreciable, y apagar el incendio de la carne vilísima. Pues Etiopía se significa en la interpretación latina como despreciable y vil. ¿Qué hay más despreciable que nuestro cuerpo? ¿Qué tan similar a Etiopía, que también es negro por ciertas tinieblas de pecados?

17. El tercer río es Tigris, que va contra los asirios, al cual fue llevado cautivo el Israel transgresor. Este río se dice que es el más rápido de todos, que habitan los asirios, esto es, los que dirigen, pues eso significa la interpretación. Por lo tanto, cualquiera que con fortaleza de ánimo haya capturado los vicios transgresores del cuerpo dirigiéndose a lo alto, se considera semejante a este río. Y por eso también la fortaleza emana de esa fuente que está en el paraíso. Pues la fortaleza con un cierto curso rápido atraviesa cualquier resistencia, y no se detiene en los obstáculos de ningún impedimento de su curso.

18. El cuarto río es Éufrates, que en latín se llama fecundidad y abundancia de frutos, presentando un cierto signo de justicia, que alimenta toda alma. Pues ninguna virtud parece tener frutos más abundantes que la equidad y la justicia, que beneficia más a otros que a sí misma, y descuida sus propias utilidades, prefiriendo los beneficios comunes. Muchos creen que Éufrates se llama ἀπὸ τοῦ εὐφραίνεσθαι, esto es, por alegrarse, porque el género humano no se alegra más que con la justicia y la equidad. La razón por la cual se describen las regiones de los lugares por donde pasan los otros ríos, pero no se describen por donde pasa el Éufrates, la hemos recibido porque se afirma que su agua es vital, y que nutre y aumenta. De donde los prudentes de los hebreos y asirios lo llamaron Auxen: pero se dice que el agua de los otros ríos es contraria. Luego, porque donde hay prudencia, también hay malicia: donde hay fortaleza, también hay ira: donde hay templanza a menudo, también hay intemperancia, o hay otros vicios: pero donde hay justicia, allí hay concordia de las demás virtudes; por eso no se conoce por los lugares por donde fluye, esto es, no se conoce por parte. Pues la justicia no

es parte, sino que es como la madre de todas. En estos ríos, por lo tanto, se expresan las cuatro virtudes principales, que como si hubieran encerrado los tiempos de este mundo.

19. El primer tiempo, por lo tanto, desde el principio del mundo hasta el diluvio, fue de prudencia, en el cual se cuentan los justos Abel, llamado justo por Dios (Mat. XXIII, 35); y Enós, esto es, hombre hecho a imagen de Dios, que esperó invocar el nombre del Señor Dios; y Enoc, que se dice en latín gracia de Dios, arrebatado al cielo; y Noé, que también es justo, y una cierta dirección de descanso.

20. El segundo tiempo es de Abraham e Isaac y Jacob, y el número de los demás patriarcas, en los cuales brilló una cierta templanza pura y casta de religión. Pues Isaac, inmaculado, fue dado como hijo por la promesa a Abraham, no tanto como un parto corporal, sino como un don de la indulgencia divina, en el cual verdaderamente precedió la figura del inmaculado, como enseña el Apóstol diciendo: Porque a Abraham fueron dichas las promesas, y a su descendencia. No dice, y a las descendencias, como si fueran muchas, sino como en uno, y a tu descendencia, que es Cristo (Gal. III, 16).

21. El tercer tiempo es en la ley de Moisés y los demás profetas. Pues el tiempo me faltaría para narrar de Gedeón, Barac, Sansón, David, Salomón, y Samuel, y los demás profetas, Ananías, Azarías, Misael, y Daniel, Elías, y Eliseo, que por la fe vencieron reinos, obraron justicia, obtuvieron promesas, cerraron bocas de leones, apagaron la fuerza del fuego, evitaron el filo de la espada, se fortalecieron en la debilidad, fueron fuertes en la batalla, tomaron campamentos de extranjeros (Heb. XI, 32 y sig.). No sin razón, por lo tanto, en estos está la especie de fortaleza. Pues fueron aserrados, como tienes más adelante, tentados, muertos a espada. Anduvieron en pieles de cabra, necesitados, angustiados, y afligidos por dolores, de quienes el mundo no era digno. Errantes en desiertos, en montañas, en cuevas, y en cavernas de la tierra (Ibid. XVII, 38). Con razón, por lo tanto, colocamos en estos la especie de fortaleza.

22. Pero según el Evangelio, es digna la figura de la justicia porque es virtud para la salvación de todo creyente. Finalmente, el mismo Señor dice: Deja ahora; porque así conviene que cumplamos toda justicia (Mat. III, 15): que ciertamente es madre fecunda de las demás virtudes. En la cual, aunque alguna de estas que hemos dicho, es virtud principal; en ella también están presentes las demás; porque las virtudes están conectadas y unidas entre sí. Pues sin duda Abel fue justo, y Abraham fortísimo y pacientísimo, y los profetas prudentísimos: Moisés, en verdad, instruido en toda la sabiduría de los egipcios, estimó mayor honor el oprobio de Cristo que los tesoros de Egipto. ¿Y quién más sabio que Daniel? También Salomón pidió sabiduría, y la mereció. Por lo tanto, se ha dicho de los cuatro ríos de virtudes, cuya bebida es útil. Y porque se ha dicho que Pisón tiene buen oro, y carbunco, y piedra prásina, consideremos también qué es esto.

23. Pues nos parece que Enós es como buen oro, quien prudentemente deseó conocer el nombre de Dios. Pero Enoc, quien fue trasladado y no vio la muerte, es un cierto carbunco, una piedra de buen olor, que el santo Enoc ofreció a Dios con sus obras, exhalando una cierta gracia con sus hechos y costumbres. Noé, en verdad, como una piedra prásina, presentó un color vital. Pues en el tiempo del diluvio, él solo fue reservado en el arca como una semilla vital para la futura constitución. Por lo tanto, bien el paraíso que es regado por muchos ríos, está hacia el Oriente, no contra el Oriente, esto es, según aquel Oriente cuyo nombre es Oriente, es decir, según Cristo, quien derramó un cierto resplandor de luz eterna, y está en Edén, esto es, en el deleite.

CAPÍTULO IV.

El hombre no fue hecho en el paraíso, sino puesto: pero en él fue hecha la mujer, por la cual fue engañado; luego, qué significa trabajar y guardar.

24. Y tomó Dios al hombre que había hecho, y lo puso en el paraíso para que lo trabajara y lo guardara. Ves que quien era, es tomado. Pero estaba en la tierra de su formación. Por lo tanto, lo tomó la virtud de Dios inspirando los procesos y aumentos de la virtud: finalmente, lo colocó en el paraíso; para que sepas que fue tomado como si fuera soplado por la virtud divina. En este lugar observa que fuera del paraíso fue hecho el hombre, y dentro del paraíso fue hecha la mujer, para que adviertas que no por el lugar, no por la nobleza del linaje, sino por la virtud, cada uno se gana la gracia para sí. Pues fuera del paraíso fue hecho, esto es, en un lugar inferior, el hombre se encuentra mejor; y aquella que fue hecha en un lugar mejor, esto es, en el paraíso, se encuentra inferior. Pues la mujer fue engañada primero, y ella misma engañó al hombre. De donde el apóstol Pedro recordó a las mujeres santas sujetas a sus maridos como a señores, como a un vaso más fuerte (I Pet. III, 1). Y Pablo dice: Porque Adán no fue engañado: pero la mujer, siendo engañada, cayó en transgresión (I Tim. II, 14). Y de ahí se debe considerar que nadie debe presumir fácilmente de sí mismo. Pues he aquí que aquella que fue hecha como ayuda para el hombre, necesita de la protección viril; porque el hombre es la cabeza de la mujer: pero aquel que creía que tendría la ayuda de su esposa, cayó por su esposa. De donde nadie debe confiar fácilmente en otro, a menos que haya probado su virtud, ni arrogarse a sí mismo quien se creyó llamado para ayuda: sino más bien, si encuentra a alguien más fuerte a quien pensaba ser un apoyo, que tome de él la gracia, como también el apóstol Pedro ordena a los hombres impartir honor a las mujeres diciendo: Maridos, igualmente, cohabitando según ciencia, como a un vaso más débil, impartiendo honor al femenino, como coherederas de la gracia de la vida; para que no sean impedidas vuestras oraciones (I Pet. III, 7).

25. Por lo tanto, el hombre fue puesto en el paraíso, la mujer fue hecha en el paraíso. Pero incluso entonces, antes de que la mujer fuera engañada por la serpiente, tenía la gracia del hombre, porque fue tomada del hombre: aunque este es un gran misterio, como dijo el Apóstol (Ephes. V, 32). Y por eso tomó la causa de la vida de él. Y por eso la Escritura dice solo del hombre, que lo puso en el paraíso para que lo trabajara y lo guardara. No es lo mismo trabajar que guardar. Pues en la obra hay un cierto proceso de virtud, en la custodia se encuentra una cierta consumación de la obra; ya que guarda como si fuera consumada. Estas dos cosas se requieren del hombre, que busque cosas nuevas con sus obras, y guarde lo que ha adquirido, lo cual es general. Pero Filón, como no podía captar las cosas espirituales con afecto judío, se mantuvo dentro de lo moral, diciendo que estas dos cosas se buscan, obras en el campo, custodia de la casa. Y aunque el paraíso no necesitaba de obras rurales, sin embargo, porque el primer hombre iba a ser la ley de la posteridad, por eso también en el paraíso asumió la apariencia de un trabajo legítimo, para que nos obligara a la operación y custodia del deber, y al deber de la sucesión hereditaria. Estas dos cosas, por lo tanto, se exigen de ti, ya sea moralmente o espiritualmente. Lo cual también te enseña el salmo profético, porque está escrito: Si el Señor no edifica la casa; en vano trabajan los que la edifican. Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vela el guardián (Sal. CXXVI, 1). Ves que aquellos trabajan que están en el proceso de la obra y la edificación; pero estos velan que ya han recibido la custodia de la obra perfecta. De donde también el Señor a los Apóstoles como ya más perfectos: Velad, dice, y orad, para que no entréis en tentación (Mat. XXVI, 41);

enseñando que el deber de la naturaleza perfecta, y la gracia de la virtud plena, debe ser guardada, y que nadie, aunque sea más perfecto, debe estar seguro de sí mismo si no vela.

CAPÍTULO V.

Se examina el precepto de no comer del árbol del conocimiento del bien y del mal, y se resuelven las dificultades que surgen en torno a ello.

26. Y mandó el Señor Dios a Adán diciendo: De todo árbol que está en el paraíso para comer, comerás: pero del árbol que es del conocimiento del bien y del mal no comeréis. El día que comáis de él, moriréis (Gen. II, 16 y 17). ¿Por qué razón, cuando mandó comer de todo árbol, dijo singularmente, Comerás: pero cuando se trata del árbol del conocimiento del bien y del mal, dijo en plural, No comeréis, no es una cuestión ociosa. Pero si prestas atención diligentemente, puede resolverse con la autoridad de las Escrituras. Pues lo que es bueno, esto es lo que debe hacerse: pero lo que es bueno y debe hacerse, es consonante y adherente: pero lo que es malo, esto es disonante, descompuesto y discreto. Y por eso el Señor, siempre tendiendo a la unidad, mandó según la unidad. Pues realiza la unidad, quien hizo de ambos uno. No solo de ambos, sino también de todos uno. Pues nos mandó ser un solo cuerpo y un solo espíritu. Pero en todo es el primogénito, ya que está en unidad con el Padre, siempre está unido al Padre: porque el Verbo estaba con Dios. Finalmente, dice: Yo y el Padre somos uno (Juan X, 30); para mostrar que tiene unidad de majestad y divinidad con el Padre. Pero también nos mandó ser uno, y transfirió a nosotros la semejanza de su naturaleza y unidad por la gracia de la adopción diciendo: Padre, como tú y yo somos uno, así también ellos sean uno con nosotros (Juan XVII, 22). Por lo tanto, donde manda lo bueno, como a uno manda diciendo, Comerás. Pues la unidad no puede transgredir. Pero donde dice que no se debe gustar del árbol del conocimiento del bien y del mal, como a muchos dice, No comeréis. Pues lo que es prohibitivo, se manda como a muchos. Sin embargo, pienso otra cosa, y encuentro en el mismo discurso de Dios lo que va a suceder. Mandó a Adán solo que comiera de todo árbol, a quien sabía que lo guardaría: pero del árbol del conocimiento del bien y del mal, ya no dice singularmente, sino pluralmente. Pues sabía que la mujer iba a transgredir, y por eso mostró por la pluralidad que no lo guardarían, porque es la sentencia discreta de muchos.

27. Y en cuanto a la sentencia de los setenta varones, se ha resuelto lo que preocupaba. Pero como Símaco dijo ambos singularmente, entendemos que siguió eso, porque también en la ley cuando Dios habla al pueblo, habla singularmente, como tienes: Escucha, Israel, el Señor tu Dios, Dios es uno (Deut. VI, 4); y, Amarás al Señor tu Dios (Ibid. 6). Y no me prejuzga la interpretación de Símaco, quien no pudo ver la unidad del Padre y del Hijo; aunque a veces en el discurso tanto Aquila como él mismo lo confesaron. Y nadie piense que porque Dios habla singularmente al pueblo, que va a transgredir los mandamientos divinos, es contrario a nuestro discurso anterior; porque el pueblo de los judíos también violó los preceptos dados singularmente. Pues la ley es espiritual: y por eso Dios hablaba al pueblo de una manera en el discurso, de otra en la predestinación, por el oráculo divino. Finalmente, dice: No cocerás el cordero en la leche de su madre (Éxodo XXXIV, 26).

28. La serie de los preceptos celestiales parecería fácil de aquí en adelante; si no fuera porque muchos plantean la cuestión, a quienes debemos responder; para que las mentes simples no sean engañadas por una interpretación maliciosa. Pues muchos, cuyo autor es Apeles, como tienes en el tomo trigésimo octavo de él, proponen estas cuestiones: ¿Cómo parece que el árbol de la vida obra más para la vida que la insuflación de Dios? Luego, si Dios no hizo al hombre perfecto; pero cada uno por su propia industria se adquiere la perfección de la virtud:

¿no parece que el hombre se adquiere más a sí mismo de lo que Dios le ha conferido? Tercero, objetan: Y si el hombre no había probado la muerte, ciertamente no podía saber lo que no había probado. Por lo tanto, si no lo había probado, no lo sabía; si no lo sabía, no podía temerlo. En vano, pues, Dios presentó la muerte como terror, que los hombres no temían.

29. Aprendamos, por lo tanto, que allí Dios produjo el árbol de la vida donde también produjo el árbol del conocimiento del bien y del mal. Pues tienes que produjo el árbol de la vida en medio del paraíso. Pues en medio del paraíso estaba la vida, y la causa de la muerte. Entiende que no el hombre hizo la vida, sino que pudo encontrarla trabajando o guardando los mandamientos de Dios. Pero la vida estaba, como dijo el Apóstol, escondida con Cristo en Dios (Colos. III, 3). Por lo tanto, el hombre estaba en la sombra de la vida por la vida futura, porque esta vida que ahora es nuestra en la tierra es una sombra, o estaba en una cierta prenda de vida, porque tenía la insuflación de Dios. Por lo tanto, tenía la prenda de la inmortalidad: pero puesto en la sombra de la vida, no podía ver y captar la vida escondida con Cristo en Dios con un toque y una vista vulgares. Y si aún no era pecador, sin embargo, no era de naturaleza incorrupta e inviolable; como quien después cayó en pecado, no obstante, aún no era pecador. Finalmente, estaba en la sombra de la vida: pero los pecadores están en la sombra de la muerte. Pues el pueblo de los pecadores, como enseña Isaías (Isaías IX, 2), estaba sentado en la sombra de la muerte, a quien la luz surgió por la gracia de Dios, no por el mérito de su virtud. Por lo tanto, entre la insuflación de Dios y la comida del árbol de la vida no hay distinción. Ni nadie puede decir que el hombre puede adquirirse más a sí mismo de lo que le ha sido otorgado por la generosidad divina. Ojalá pudiéramos mantener lo que hemos recibido. Pues nuestro trabajo avanza para que retomemos lo que nos ha sido dado. Tercero, lo que se ha propuesto, que quien no había probado la muerte, no podía temer la muerte, tiene fácil absolución por el uso común de la naturaleza. Pues es innato en todos los seres animados, que incluso lo que aún no han experimentado que les perjudica, lo temen como nocivo. ¿De dónde, pues, el terror del halcón visita a las palomas en su mismo nacimiento? ¿De dónde los lobos son temidos por las ovejas, los milanos por los polluelos? Pues si en los seres animados irracionales hay un cierto terror natural de los seres animados de género contrario, para que incluso los irracionales reciban el sentido de evitar la muerte: cuánto más en el primer hombre, ciertamente pleno de razón, debió haber una cierta opinión natural de evitar la muerte.

CAPÍTULO VI.

Se disuelven otras muchas dudas sobre el precepto dado a Adán y la transgresión de Eva.

30. Nuevamente plantean otras cuestiones de esta manera: No siempre es malo no obedecer un precepto. Pues si el precepto es bueno, la obediencia es honesta: pero si el precepto es malo, no obedecer es útil. Por lo tanto, no siempre es malo no obedecer un precepto: pero no obedecer un buen precepto es malo. Pero el árbol del conocimiento del bien y del mal es bueno para obrar, ya que Dios conoce tanto el bien como el mal. Finalmente, dice: He aquí que Adán se ha hecho como uno de nosotros (Gen. III, 22). Si, por lo tanto, es bueno tener conocimiento del bien y del mal, y es bueno lo que también Dios tiene, parece que quien lo prohíbe a los hombres, no lo prohíbe correctamente; y esto proponen. Pero si entienden qué significa conocer, qué fuerza tiene esta palabra: si lo entienden como deben, pues el Señor conoce a los que son suyos (II Tim. II, 19); ciertamente conoce a aquellos que se han hecho uno de muchos, en quienes habita, y en quienes camina. Conocer ciertamente no está solo en el conocimiento superficial, sino en la operación de lo que debe hacerse. Pero el hombre

debía obedecer el mandato, y al no obedecer, transgredió. Por lo tanto, quien no obedeció, erró, porque la transgresión es pecado. Pero incluso si quieren atenuar la fuerza del conocimiento, para pensar que el conocimiento superficial del bien y del mal fue prohibido, también en eso hay culpa de transgresión por no haber obedecido el mandato; porque incluso el conocimiento tumultuario del bien y del mal el Señor Dios pensó que debía ser prohibido.

31. Otra cuestión: Quien no conoce el bien y el mal, no se diferencia en nada de un niño. Pero el niño ante el justo juez no tiene culpa. Pero el justo operador del mundo nunca habría llamado a un niño a culpa, porque no conocía el bien y el mal; porque el niño está sin culpa de transgresión y pecado. Pero como dijimos en lo anterior que hay un doble entendimiento del conocimiento del bien y del mal, si tomamos el conocimiento superficial, ciertamente es falso que quien no conoce el bien y el mal no se diferencia en nada de un niño. Pero si es falso que no se diferencia en nada de un niño; por lo tanto, Adán no es un niño. Si no es un niño, ciertamente se le atribuye pecado como no niño. Si se le atribuye pecado, sigue la pena al pecado; porque se encuentra digno de pena, quien no procuró evitar el pecado. También puede suceder que incluso quien no tiene conocimiento del bien y del mal (Isa. VII, 16), no sea un niño; porque antes de que el niño supiera el bien y el mal, no creyó en la malicia. Y de nuevo tienes: Porque antes de que el niño sepa llamar padre y madre, tomará el poder de Damasco, y los despojos de Samaria (Isa. VIII, 4). Por lo tanto, el perfecto que obra el bien, incluso si no ha adquirido el conocimiento del bien y del mal, como muchos antes de conocer la ley, son ley para sí mismos. Lo cual el Apóstol antes de decir: No codiciarás (Rom. II, 14), no sabía que la codicia era mala. Finalmente, él mismo dice: No conocí el pecado sino por la ley. Pues no conocía la codicia, sino que la ley decía: No codiciarás (Rom. VII, 7). A esta parte también el niño puede ser perfecto por derecho natural, antes de saber que la codicia es un crimen, o cometer el crimen de la codicia. Por lo tanto, según el conocimiento superficial, Dios no quiso que el hombre supiera lo que es malo, para que como imperfecto no pudiera evitarlo. Pero al no obedecer el mandato, incurrimos en culpa: por lo tanto, confesamos la culpa. Pero si decimos que el conocimiento del bien y del mal es profundo y alto, que ciertamente el conocimiento profundo hace perfecto; no inmediatamente, sin embargo, el niño que no pudo llegar al conocimiento profundo y alto, es condenado como no niño.

32. Nuevamente siembran cuestiones: Quien no sabe, dicen, el bien y el mal, ni siquiera sabe que es malo no guardar el mandato, ni sabe que es bueno obedecer el mandato. Y por eso, porque no lo sabía, dicen, fue digno de perdón quien no obedeció, no de condenación. Esta cuestión tiene absolución de lo que hemos mencionado antes. Pues el hombre pudo considerar por lo que Dios le había conferido antes, que recibió la insuflación de Dios, que estaba colocado en el paraíso de la voluptuosidad, que debía deferir la máxima obediencia al autor. Y por eso, si no conocía la fuerza del bien y del mal; sin embargo, porque el autor de tantas cosas había dicho que no se debía gustar del árbol del conocimiento del bien y del mal, debía guardar la fe al preceptor. Pues no se le exigía pericia, sino fe. Ciertamente entendía que Dios preeminía a todos, y por eso debía considerar la persona del que mandaba. Y si no entendía la fuerza y calidad de los mandatos; sin embargo, sabía que debía deferir reverencia al preceptor. Tenía en su naturaleza esta opinión; y aunque no tenía el juicio del bien y del mal. Finalmente, también la mujer dijo a la serpiente: De todo árbol del paraíso comeremos: pero del fruto del árbol que está en medio del paraíso dijo Dios: No comeréis de él (Gen. III, 3). Así, pues, sabía que debía obedecer el mandato, para decir: De todo fruto comeremos, lo que el Señor había mandado: pero del árbol que está en medio del paraíso, dice que fue mandado por Dios no gustar, para que no murieran. Por lo tanto, porque sabía que debía obedecer el mandato, ciertamente sabía que era malo transgredir, y por eso justamente es condenada por haber transgredido.

33. Toma otra cosa: Si la asunción del árbol del conocimiento del bien y del mal era tan operativa, para que se conociera el bien y el mal; lo cual parece mostrar la Escritura, al decir: Porque cuando ambos comieron, se abrieron los ojos de ellos, y conocieron que estaban desnudos (Ibid. 6 y 7); esto es, se abrieron los ojos del corazón, y conocieron que era vergonzoso estar desnudos: sin duda, cuando la mujer gustó del árbol del conocimiento del bien y del mal, pecó y conoció que había pecado. Por lo tanto, quien conoció que había pecado, no debía invitar al hombre a la comunión del pecado. Pero al seducir al hombre, y darle lo que ella misma había gustado, no evitó, sino que repitió el pecado. Pues ciertamente si consideras la razón, no debía arrastrar a quien amaba a la compañía de la pena, sino más bien debía apartarlo de lo que había conocido que era pecado, aunque fuera ignorante; aunque parece que esta mujer, sabiendo que después de la culpa no podría estar en el paraíso, temió ser expulsada sola del paraíso. Finalmente, ambos se escondieron después de la culpa. Por lo tanto, conociendo que iba a ser excluida, no quiso ser privada de la compañía del hombre a quien amaba.

34. Toma de nuevo: No es malo el conocimiento del mal; pero cuando el acto cumple la malicia. Pues no inmediatamente quien conoce el mal, hace lo que es malo: sino quien hace lo que sabe que es malo. Pero el incentivo para obrar lo que es malo suele ser la ira o la codicia. Ni es necesario que quien tiene conocimiento del mal haga lo que sabe que es malo, a menos que sea vencido por la ira o la codicia. De donde dijimos que el incentivo para pecar es la ira o la codicia, o a menudo el miedo, aunque de la forma surge la codicia, mientras cada uno quiere evitar lo que teme. Y por eso correctamente pusimos la ira y la codicia como incentivos de los otros dos vicios. Consideremos, por lo tanto, si Eva fue incitada a la falta por estos estímulos. Pero ni se enojaba con su marido, ni fue vencida por la codicia: en el segundo, al menos, erró, al dar de comer al hombre lo que ya había gustado. Primero fue la codicia la causa del error para que ella misma comiera, y fue la causa del pecado siguiente. Pues lo que ya había gustado, no podía desearlo: y al gustar, había obtenido el conocimiento del mal. Por lo tanto, no debía derivar al hombre el mal que había advertido, ni hacer a su propio esposo transgresor del mandato divino. Pues pecó sabiendo y prudente, y sabiendo arrastró al hombre a su error. De lo contrario, se encontrará que el discurso sobre el árbol del conocimiento del bien y del mal es falso, si incluso después de haber comido de él, no pudo tener conocimiento del mal. Pero si el discurso es verdadero, ciertamente no pudo tener causa de codicia: aunque muchos piensan que debe excusarse así, que amando al hombre temió ser separada de él, y presentan esta causa de codicia, que quiso estar con su marido.

CAPÍTULO VII.

Se pregunta si la muerte le ocurrió al hombre por Dios, o por el árbol, o finalmente de otra manera; y la objeción se diluye con una respuesta múltiple.

35. Nuevamente surge otra cuestión de dónde le ocurrió la muerte a Adán, si de la naturaleza del árbol de tal manera, o verdaderamente de Dios. Si atribuimos esto a la naturaleza del árbol, parece que el fruto de este árbol supera a la insuflación de Dios en vivificación; ya que a quien había vivificado la insuflación, el fruto de este árbol lo llevó a la muerte. O si recordamos a Dios como operador de la muerte, dicen que lo acusamos con una doble opinión: que o es tan cruel, que no quiso perdonar, cuando pudo; o si no pudo perdonar, parece débil. Veamos, por lo tanto, cómo debe diluirse. Si no me equivoco, la causa de la muerte fue la desobediencia; y por eso el hombre mismo es causa de su muerte, no teniendo a Dios como autor de su muerte. Pues si un médico ha prescrito a un enfermo de qué debe

cuidarse, y él no ha considerado abstenerse de lo prohibido, el médico no es causa de su muerte: sino que ciertamente él mismo es culpable de su propia muerte. Por lo tanto, Dios como buen médico prohibió que Adán gustara lo que le haría daño.

36. Toma de nuevo: Saber el bien es mejor que no saber; y para quien sabe el bien, es hermoso saber lo que es malo, para saber evitar lo que es malo, y para que prudentemente asuma la cautela de la custodia. Nuevamente, no basta con saber solo lo que es malo; para que cuando sepas lo que es malo, no comiences a ser defraudado del conocimiento del bien. Por lo tanto, es más hermoso que sepamos ambos; para que porque sabemos el bien, evitemos lo que es malo; y por lo que conocemos el mal, prefiramos la gracia del bien. Pero debes saber ambos de tal manera, que conozcas profundamente, y lo que conoces lo ejecutes, y el acto del conocimiento sea congruente. De lo contrario, la Escritura indica que es más tolerable quien no sabe ambos, que quien conoce ambos superficialmente. Pues pesa saber, lo que no puedes ejecutar o evitar: pesa saber sin el uso y la obra del conocimiento profundo. Finalmente, perjudica a la reputación del médico saber qué beneficia y qué perjudica al enfermo; a menos que use ese conocimiento como debe: y por eso el conocimiento no es bueno, a menos que lo uses como debe.

37. Toma también: No en vano se produjo el árbol del conocimiento del bien y del mal en medio del paraíso: y si se hubiera producido para cualquier hombre, la prohibición sería superflua. Pero ni se hizo en vano, ni se hizo para otro, sino para el hombre, quien recibió el mandato; para que no solo él, sino él con los demás lo usara. Pues si examinas muchas cosas, encontrarás muchas y ciertamente innumerables, que pueden perjudicar a quien no sabe usarlas. Ni encontrarás las mismas riquezas fructuosas, si el rico que tiene los medios de la generosidad, niega el alimento a los pobres, excluye al necesitado de la ayuda, extorsiona lo ajeno, porque prevalece con el poder. La belleza misma y la forma más agradable del cuerpo a menudo arrastra más al vicio que la deformidad. ¿Acaso alguien desea tener hijos más deformes que hermosos, y prefiere que sus hijos sean pobres que ricos? Hay muchas cosas de este tipo que no deben atribuirse a la imprudencia del que da, sino al error del que usa mal. Y por eso debe acusarse al que usa, más que al que da.

CAPÍTULO VIII.

Se resuelven las cuestiones sobre la presciencia de Dios respecto a las transgresiones de Adán, y la opinión del bien y del mal impresa divinamente en las mentes humanas.

38. Nuevamente la cuestión: ¿Sabía Dios que Adán iba a transgredir sus mandamientos, o no lo sabía? Si no lo sabía, no es esta una afirmación de la potestad divina: pero si lo sabía, y sin embargo, sabiendo que iba a ser descuidado, mandó, no es propio de Dios mandar algo superfluo. Pero mandó algo superfluo al prototipo Adán, que sabiendo que no lo iba a guardar: pero Dios no hace nada superfluo; por lo tanto, no es Escritura de Dios. Pues esto objetan, quienes no aceptan el Antiguo Testamento, y entrelazan estas cuestiones. Pero estos deben ser vencidos con su propia sentencia y opinión. Pues como no refutan la fe del Nuevo Testamento, deben ser convencidos con el ejemplo, para que crean el antiguo: ya que cuando los preceptos y hechos divinos se convienen entre sí, es claro que ambos Testamentos son de un solo autor. Aprendan, por lo tanto, que no es superfluo, ni injusto, que se haya prescrito un mandato incluso al que iba a transgredir. Pues el mismo Señor Jesús eligió a Judas, a quien sabía que iba a traicionar. Si piensan que fue elegido por imprudencia, despojan a la potestad divina. Pero no pueden pensar esto, ya que la Escritura dice: Porque Jesús sabía quién lo iba a traicionar (Juan VI, 65). Callen, por lo tanto, estos opositores del Antiguo Testamento.

39. Pero como también parece que debe responderse a los gentiles, si acaso objetan esto, quienes no aceptan el ejemplo, exigen razón; también ellos reciban por qué razón el Hijo de Dios mandó al que iba a transgredir, o eligió al que iba a traicionar. El Señor Jesús había venido a salvar a todos los pecadores, también debía mostrar su voluntad hacia los impíos. Y por eso no debía pasar por alto al que iba a traicionar; para que todos advirtieran que en la elección incluso de su traidor mostró el signo de querer salvar a todos, ni en eso fue perjudicado ni Adán, porque recibió el mandato, ni Judas, porque fue elegido. Pues Dios no impuso necesidad de transgresión a aquel, ni de traición a este, porque ambos, si hubieran guardado lo que recibieron, podrían haberse abstenido del pecado. Finalmente, tampoco sabía que todos los judíos iban a creer, y sin embargo dice: No he venido sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mat. XV, 24). Por lo tanto, no hay culpa en el que manda, sino que el pecado está en el que transgrede. Y lo que estaba en Dios, mostró a todos que quiso liberar a todos. Sin embargo, no digo que no sabía que iba a haber transgresión, sino que afirmo que lo sabía: pero no debía derivar en sí la envidia del traidor que perece, para que no se atribuyera a Dios que ambos cayeron. Ahora, sin embargo, ambos son redargüidos y reconvencidos; porque aquel recibió el mandato para que no cayera, y este también fue admitido en el ministerio del apostolado, para que por el beneficio de Dios fuera revocado del afecto de traición; al mismo tiempo que mientras otros son vencidos, beneficie a todos. Pues el pecado no consistiría, si no hubiera prohibición. No consistiendo el pecado, no solo no habría malicia, sino que tampoco habría virtud: que si no hubiera algunas semillas de malicia, no podría subsistir ni sobresalir. Pues ¿qué es el pecado, sino la transgresión de la ley divina, y la desobediencia a los preceptos celestiales? Pues no juzgamos con los oídos del cuerpo sobre los mandamientos celestiales: sino que como era la palabra de Dios, brotaron en nosotros ciertas opiniones de bien y mal; mientras naturalmente entendemos que lo que es malo debe ser evitado, y naturalmente entendemos que lo que es bueno nos es mandado. Por lo tanto, en eso parece que oímos la voz del Señor, que prohíbe unas cosas, y manda otras. Y por eso, si alguien no obedece lo que creemos que ha sido mandado una vez por Dios, se considera sujeto a pena. Pero el mandamiento de Dios no lo leemos como inscrito en tablas de piedra con tinta, sino que lo tenemos impreso en nuestros corazones por el espíritu del Dios vivo. Por lo tanto, nuestra opinión misma se hace ley para sí misma. Pues si las naciones que no tienen ley, naturalmente hacen lo que es de la ley, tales, no teniendo ley, son ley para sí mismos, que muestran la obra de la ley escrita en sus corazones. Por lo tanto, la opinión humana es para sí misma como la ley de Dios.

40. Nuevamente de aquí hacen otra cuestión, para que en relación con el mandato que dijimos que consiste en la opinión del hombre, acusen esta misma opinión impresa por Dios en nosotros como un precepto de la ley divina. ¿Sabía, dicen, que el hombre iba a pecar quien lo creó, y le imprimió estas opiniones de bien y mal, o no lo sabía? Para que si dices que no lo sabía, pienses algo ajeno a la majestad de Dios: pero si dices que sabiendo Dios que el hombre iba a pecar, sin embargo, le imprimió opiniones comunes de bien y mal; para que por la mezcla de males no pudiera conservar la perpetuidad de la vida, como en eso no presagió el futuro, así en esto no parece significar un Dios bueno. Y de aquí argumentan que no es la criatura del hombre hecha por Dios. Pues como mostramos antes que dicen que no es el mandamiento de Dios, así también aquí dicen: Por lo tanto, no es la criatura del hombre hecha por Dios, porque Dios no hizo el mal. Pero el hombre recibió la opinión del mal, mientras se le manda abstenerse de los males. Pero con este género intentan afirmar que hay un Dios bueno, y otro operador del hombre. A quienes se debe responder inmediatamente según su propia opinión. Pues si no quieren que el hombre sea hecho por Dios, porque el hombre es pecador, y esto rehúyen, para que no parezca que el Dios bueno hizo al pecador,

porque no piensan que es bueno quien hizo al pecador; digan si piensan que el operador del hombre fue hecho por Dios. Pues si el operador del hombre fue hecho por Dios, como dicen, ¿cómo hizo el Dios bueno al operador del mal? Ciertamente no es bueno, pues quien hace al pecador no es bueno; se debe evitar que sea más grave haber hecho al operador del pecador. Pues el Dios bueno debió prohibir el nacimiento de aquel que tenía la sustancia del pecado. Pero si dicen que no ha sido engendrado el operador del mal, se debe preguntar si el Dios bueno pudo prohibir de alguna manera el comienzo de la malicia, o no pudo. Pues si no pudo, es débil: si pudo, y no lo hizo, no es bueno. Por lo tanto, si estas cosas no se concuerdan entre sí, ni las opiniones de los herejes se concuerdan entre sí, busquemos si tal vez fue razonable la causa por la cual Dios permitió que la malicia entrara en este mundo, ya sea del engendrado o del no engendrado, cuando pudo prohibirlo.

41. Por lo tanto, manteniendo que hay un solo Dios bueno y operador, si podemos, afirmemos que conviene a ambas gracias, ni declinemos la envidia de su acusación, quienes así dicen: ¿Cómo es bueno Dios que no solo permitió que la malicia entrara en este mundo: sino que también permitió que viniera a tanta confusión? Pero esta acusación tendría lugar si así infectara la fuerza y los secretos íntimos del alma, que de ninguna manera pudiera abolirse, y el veneno de las heridas incurables se asentara en la mente y el alma nuestra; pues habría lugar más apto para esta queja, que aunque Dios puede todo, sin embargo, permitió que el hombre pereciera. Pero como Dios, misericordioso con nosotros, ha reservado remedios para rechazar el error, y no ha abolido la facultad de abolir toda contaminación; ¿cómo es irracional o injusto, si permitió que nuestra materia fuera tentada por una cierta trepidación de la fragilidad humana; para que la gracia más abundante regresara al afecto del hombre por el arrepentimiento de los delitos, y consciente de su fragilidad, porque tan fácilmente tembló desviándose de la serie de los mandamientos divinos, temiera perder los mandamientos celestiales como un clavo del alma fluctuante; atribuyendo más a la misericordia divina lo que ha recuperado perdido, y usurpando para sí algo de gracia lo que regresa.

CAPÍTULO IX.

Si convenía que Dios diera un precepto al hombre sobre el alimento; y por qué al proponer la pena no se dijo, moriréis, sino moriréis de muerte.

42. Ahora consideremos cuál es esa razón, qué es esto que cuando dio el mandato al hombre, prescribiendo sobre aquella vida admirable y bienaventurada, para que no haciendo lo contrario muriera de muerte, pensó que debía mandarse sobre comer y no comer. Pues hay quienes piensan que de ninguna manera este mandato conviene al Creador del cielo y la tierra y de todas las cosas; de ninguna manera es digno de los habitantes del paraíso, ya que esa vida es similar a la de los ángeles. Y por eso no podemos estimar que este alimento sea terrenal y corruptible; porque quienes no beben, ni comen, serán como ángeles en el cielo. Pues si en el alimento no hay premio, porque el alimento no nos recomienda a Dios; ni hay gran peligro, porque no lo que entra en la boca, contamina al hombre, sino lo que sale de la boca: sin duda parece que no ha sido mandado por un autor tan grande, a menos que refieras este alimento a aquel profético, porque por gran premio el Señor promete a sus santos: He aquí que los que me sirven, comerán: pero vosotros tendréis hambre (Isa. LXV, 13). Pues este es el alimento en el que se define la vida eterna, del cual quienquiera que sea defraudado, morirá de muerte. Pues el pan vivo y celestial es el mismo Señor, que da vida a este mundo. De donde él mismo dice: Si no coméis mi carne, y no bebéis mi sangre, no tendréis vida eterna (Juan VI, 54). Por lo tanto, había algún pan del cual había prescrito que se comiera a los habitantes del paraíso. ¿Cuál es ese? Toma el que dice: Pan, dice, de ángeles comió el

hombre (Sal. LXXVII, 25). Pues es buen pan, si haces la voluntad de Dios. ¿Quieres saber qué buen pan? El mismo Hijo come este pan, del cual dice: Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre que está en los cielos (Juan IV, 34).

43. Nuevamente veamos por qué razón el Señor Dios dijo a Adán, moriréis de muerte: qué diferencia hay, si alguien dice, moriréis, o añade, moriréis de muerte. Pues debemos mostrar que no hay nada superfluo en el mandato de Dios. Por lo tanto, esto creo. Pues como dos cosas son contrarias entre sí, la muerte y la vida, según el discurso simple decimos vivir por la vida, morir por la muerte. Pero si quieres duplicar ambos, porque la vida hace la vida, se dice, la vida vive, como tienes en la ley. Y porque la muerte hace la muerte, se dice, morirá de muerte. Pero esta duplicación no es superflua: pues hay vida para la muerte, y hay muerte para la vida; porque alguien también mientras vive, muere; y mientras muere vive. Por lo tanto, se hacen cuatro distinciones vida vivir, muerte morir, muerte vivir, vida morir. Pues como estas cosas son así, debemos excluir el prejuicio del uso y la costumbre; porque el uso tiene que comúnmente se dice vivir, tanto el que vive para la vida, como el que vive para la muerte: y comúnmente se dice morir tanto el que muere para la muerte, como el que muere para la vida. Por lo tanto, de esas cuatro cosas significa dos, para decir que el viviente vive, ni distingue mejor o peor, y dice que el moribundo muere, ni parece haber distinción entre la mala y la buena muerte. Pues se significa una cierta vida indiscreta, como la de los irracionales o incluso de los niños, y una muerte igualmente indiscreta.

44. Excluido, por lo tanto, el uso común, consideremos qué es vida vivir, y qué es muerte morir, y qué es vivir para la muerte, y morir para la vida. Pues creo que según las Escrituras, vida vivir significa una cierta vida admirable y bienaventurada, y parece demostrar este uso de vivir y el don de respirar como si estuviera unido con la gracia de la vida bienaventurada, y mezclado por una cierta participación. Pues esto es vida vivir, vivir con virtud, tener actos de vida bienaventurada en esta vida del cuerpo. Pero por el contrario, muerte morir, ¿qué es sino significar con la muerte del cuerpo la deformidad del moribundo, cuya carne también es defraudada del don común de vivir, y el alma no puede tener el uso de la vida eterna? También hay quien muere para la vida, como quien vive en el cuerpo, pero muere en su acto: como aquellos de quienes dice el Profeta: Descienden al infierno vivos (Sal. LIV, 16). Y aquella de la que dice el Apóstol: Porque viviendo está muerta (I Tim. V, 6). Queda el cuarto, que hay quienes también viven en la muerte, como los santos mártires, que ciertamente mueren para vivir. Muere la carne, pero vive la gracia de los muertos. Por lo tanto, lejos de nosotros, que participando de la muerte vivamos: sino por el contrario participando de la vida muramos. Pues el santo ni siquiera quiere ser partícipe de esta vida, quien dice: Deseo ser disuelto, y estar con Cristo; pues es mucho mejor (Filip. I, 3). Y otro, ¡Ay de mí, que mi morada se ha prolongado (Sal. CXIX, 5)! Lamentándose ciertamente porque espera las compañías de la vida eterna, se contiene por la fragilidad de esta vida. Y por eso puedo decir por el contrario, que aunque es bueno vivir para la vida; sin embargo, vivir para la vida es ambiguo. Pues puede decirse que alguien vive para la vida, esto es, que milita para la vida eterna con esta vida del cuerpo. También puede decirse que alguien vive para la vida, esto es, que tiene el deseo de esta vida corporal, ya sea cualquiera, o santo; como por ejemplo, si alguien piensa que es honesto vivir para obtener la longevidad de la vida con buenos actos, como son muchos los más débiles a quienes les agrada esta vida.

45. Pues como hemos entendido qué es vivir para la vida, entendamos qué es morir para la muerte, o vivir para la muerte. Pues pueden ser quienes mueren para la muerte, y quienes viven para la vida. Pues quien no vive de tal manera, que viva según la muerte de su alma, muere para la muerte, porque no está sujeto a la muerte, es decir, el vínculo de la muerte

penosa lo ha soltado, no está atado por las cadenas de la muerte eterna. Ha muerto para la muerte, esto es, ha muerto para el pecado, ha muerto para la pena: a lo cual es contrario vivir para la pena, esto es, cuando alguien vive para la pena, vive para la muerte. Pero quien muere para la pena, muere para la muerte. También hay quien en esta vida muere para la vida, como aquel que dice: Vivo, pero ya no yo, sino que Cristo vive en mí (Galat. II, 20). Pues ha muerto para el pecado, vive para Dios, esto es, la muerte ha muerto en él, pero la vida vive, que es el Señor Jesús. Por lo tanto, la buena vida de aquellos que viven para Dios, es la mala vida de aquellos que viven para el pecado. También hay una vida media, como la de los demás seres animados, como tienes escrito: Produzca la tierra alma viviente según su género (Gen. I, 24). También hay vida de los muertos, como Dios de Abraham, y Dios de Isaac, y Dios de Jacob; porque Dios no es de muertos, sino de vivos. También hay quienes tienen una cierta comunidad de muerte y vida, de quienes dice el Apóstol diciendo: Si habéis muerto con él, también viviréis con él. Pues si hemos sido plantados en la semejanza de su muerte, también seremos de su resurrección: sabiendo que nuestro viejo hombre fue crucificado con él; para que el cuerpo del pecado sea destruido, para que ya no sirvamos al pecado. Pues quien ha muerto, ha sido justificado del pecado (Rom. VI, 5). Pues como hemos dicho muchas figuras de la vida, así también encontraremos de la muerte. Pues se dice muerte mala, según aquello: El alma que pecare, esa morirá (Ezequiel XVIII, 20). También se dice muerte comúnmente, como tienes por ejemplo: Porque Adán vivió tantos años, y murió, y fue reunido con sus padres. También se dice muerte por el sacramento del bautismo, como tienes: Fuimos sepultados con él por el bautismo en la muerte (Rom. VI, 4). Y en otro lugar: Pero si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él (Ibid. 8). Ves que ciertamente se dice muerte, pero esta es nuestra vida.

CAPÍTULO X.

Por qué Dios no aprobó al hombre sino después de hecha la mujer, y eso especialmente porque por ella fue engañado; también por qué no fue creada de la tierra, como Adán,

52. Pero tal vez argumentes que Dios también colocó estas cosas en tal paraíso, es decir, las pasiones del cuerpo y una cierta vanidad de pensamientos fluctuantes o vanos, y que Él fue el autor de nuestro error. Considera lo que dice: "Tened potestad sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo, y sobre todo reptil que se arrastra sobre la tierra" (Gén. I, 28). Ves que Él te ha dado potestad; para que debas juzgar sobre todo, discerniendo con sobria definición los géneros de cada uno. Dios te llamó a todo; para que conocieras tu mente por encima de todo. ¿Por qué no encontraste semejantes a ti, y quisiste unírte y asociarte con ellos? Ciertamente te dio sentido para que conocieras todo, y juzgaras sobre lo conocido, y con razón fuiste expulsado de aquel fértil campo del paraíso, porque no pudiste guardar el mandamiento. Pues Dios sabía que eras frágil, sabía que no podías juzgar; por eso dijo como a los más frágiles: "No juzguéis, para que no seáis juzgados" (Mat. VII, 1). Así que, porque sabía que eras débil para juzgar, quiso que fueras obediente al mandato; por eso puso el precepto. Si no hubieras transgredido, no habrías caído en el peligro de un juicio incierto. Por lo tanto, ya que quisiste juzgar, añadió: "He aquí que Adán se ha hecho como uno de nosotros, para conocer el bien y el mal" (Gén. III, 22). Quisiste arrogártelo, por eso no debes rechazar la pena de un juicio errado. Sin embargo, te puso frente al paraíso, para que no pudieras borrar su memoria.

53. Finalmente, los justos son llevados al paraíso con frecuencia, como Pablo fue llevado al paraíso y escuchó palabras inefables. Y tú, si eres arrebatado del primer cielo al segundo, del

segundo al tercero con el vigor de tu mente, es decir, que primero cada hombre es corporal, segundo animal, tercero espiritual: si así eres arrebatado al tercer cielo, para que veas el resplandor de la gracia espiritual (pues el hombre animal no conoce las cosas del Espíritu de Dios), y por eso la ascensión al tercer cielo te es necesaria, para que seas arrebatado al paraíso: serás arrebatado ya sin peligro, para que puedas juzgar todas las cosas, porque el espiritual juzga todas las cosas, pero él mismo no es juzgado por nadie. Y tal vez, como aún frágil, escucharás palabras inefables que no es lícito al hombre hablar: y entonces guarda lo que has recibido, y conserva lo que has oído. El apóstol Pablo lo guardaba para no caer, o ciertamente para no hacer errar a otros. O tal vez Pablo dice, "que no es lícito al hombre hablar" (II Cor. XII, 6 y 7); porque aún estaba constituido en el cuerpo, es decir, veía las pasiones de este cuerpo, veía la ley de su carne oponiéndose a la ley de su mente (Vid. S. Aug. I. II contra Julian. Pel., c. 5, n. 13). Esto se entiende para que no parezca que estamos lanzando un cierto terror de un peligro futuro. Pues si por esta vida hay seguridad, para que no temamos las trampas de una transgresión futura: entonces cualquiera que haya sido arrebatado al paraíso por la ascensión de la virtud escuchará los misterios secretos de Dios: escuchará al Señor diciendo como al ladrón que se convirtió de su crimen a la confesión, y a la fe desde el latrocinio: "Hoy estarás conmigo en el paraíso" (Luc. XXIII, 43).

CAPÍTULO XII.

Qué tipo de sabiduría tenía la serpiente: cómo abordó a la mujer; y cuál fue su respuesta, seguida de una larga digresión sobre cierta duda relacionada con este asunto.

54. La serpiente era más astuta que todas las bestias que estaban sobre la tierra, que hizo el Señor Dios, y la serpiente dijo a la mujer: "¿Por qué ha dicho Dios que no comáis de todo árbol que está en el paraíso?" (Gén. III, 1). Cuando dice que la serpiente era más astuta, entiendes de quién habla, es decir, de aquel adversario nuestro que tiene tanta sabiduría de este mundo (Vid. S. Aug. lib. II contra Jul. Pel., c. 5, n. 13). Pero también el placer y la delectación se dice que son sabios, porque también la sabiduría de la carne se llama sabiduría, como tienes: "Porque la sabiduría de la carne es enemiga de Dios" (Rom. VIII, 7). Y son astutos para buscar los géneros de deleites, porque son ávidos de placeres. Así que, ya sea que entiendas la delectación, es contraria al mandato divino, y enemiga de nuestros sentidos. De donde el santo Pablo dice: "Veo otra ley en mis miembros que se opone a la ley de mi mente, y me lleva cautivo en la ley del pecado" (Rom. VII, 23). Pero si lo refieres al diablo, es el verdadero enemigo del género humano. ¿Y cuál es la causa de la enemistad sino la envidia? Como dice Salomón: "Porque por la envidia del diablo la muerte entró en el mundo" (Sab. II, 24). La causa de la envidia es la bienaventuranza del hombre puesto en el paraíso, y por eso, como el mismo diablo no pudo retener la gracia recibida, envidió al hombre, porque formado del barro, fue elegido para ser habitante del paraíso. Pues el diablo consideraba que él, que había sido de una naturaleza superior, había caído en estas cosas mundanas y terrenales; pero el hombre de naturaleza inferior esperaba lo eterno. Esto es lo que envidia diciendo: ¿Este inferior obtiene lo que yo no pude conservar? ¿Este migrará de la tierra al cielo, cuando yo caí del cielo a la tierra? Tengo muchas maneras de poder engañar al hombre. Fue hecho del barro, la tierra es su madre, está envuelto en lo corruptible. Y si el alma es de naturaleza superior, sin embargo, ella misma puede estar sujeta a la caída, estando en la cárcel del cuerpo; cuando yo no pude evitar la caída. Así que el primer camino es que sea engañado, mientras desea cosas mayores que su condición. Este fue un cierto intento de industria. Luego, es de la carne, desear lo que no tiene. Finalmente, ¿en qué parezco ser más sabio que todos, si no engaño al hombre, y compito con astucia y fraude? Así que maquinó no abordar primero a Adán, sino intentar engañar a Adán a través de la mujer. No abordó a

quien había recibido el mandato celestial en persona: sino que abordó a aquella que había aprendido de su marido, no había recibido de Dios lo que debía observar. Pues no tienes que Dios dijo a la mujer, sino que dijo a Adán; y por eso se debe estimar que la mujer conoció a través de Adán.

55. Conociendo, pues, este tipo de tentación en este lugar, encontrarás también muchos otros tipos de tentación en otros lugares. Algunos son por el príncipe de este mundo, que vomitó ciertos venenos de sabiduría en este mundo; para que los hombres creyeran que eran verdaderas las cosas que son falsas, y con cierta apariencia se capturara el afecto de los hombres. Pues no siempre entra como un enemigo abierto: sino que hay ciertos poderes que simulan amor, y pretenden gracia; para que poco a poco infundan en nuestras mentes el veneno de su iniquidad, de donde surgen esos pecados que nacen ya sea del deleite, o de cierta facilidad de la mente. También hay otros poderes que parecen luchar con nosotros. De donde también el Apóstol dice: "Porque no tenemos lucha contra carne y sangre, sino contra principados, y potestades, y gobernadores de este mundo, de estas tinieblas, contra la maldad espiritual en los lugares celestiales" (Efes. VI, 12). Pues quieren quebrarnos con esta cierta contienda, y como si quisieran golpear un cierto cuerpo de nuestra alma. De donde también Pablo, como buen atleta, no solo sabía evitar los golpes de los poderes adversarios, sino también golpear a los adversarios. De donde también dice: "Golpeo con los puños, no como quien golpea el aire" (I Cor. IX, 26). Y por eso, como buen atleta, mereció llegar a la corona. Así que las tentaciones del diablo son múltiples. Y por eso la serpiente se considera de doble lengua y letal, porque el ministro del diablo habla una cosa con la lengua, y medita otra en el corazón. También hay otros ministros que lanzan como flechas las palabras de su corazón y voz infectadas de veneno, a quienes el Señor dice: "Generación de víboras, ¿cómo podéis hablar bien, siendo malos?" (Mat. XII, 34).

56. Y la serpiente dijo a la mujer: "¿Por qué ha dicho Dios que no comáis de todo árbol que está en el paraíso?" Y la mujer dijo a la serpiente: "De todo árbol del paraíso comeremos: pero del fruto del árbol que está en medio del paraíso, dijo Dios: No comeréis de él, ni lo tocaréis, para que no muráis" (Gén. III, 2 y 3). Cuando escuchas que la serpiente es más sabia que todas las bestias, aquí busca su astucia. Simula decir las palabras de Dios, e inserta sus propios engaños. Pues cuando Dios dijo: "De todo árbol que está en el paraíso comeréis para alimento: pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comeréis, porque el día que comáis de él, moriréis" (Ibid. II, 16 y 17); la serpiente, como interrogando a la mujer, cuando dijo Dios: "De todo árbol que está en el paraíso comeréis: pero de un solo árbol no comeréis", insertó la mentira, diciendo: "De todo árbol no comeréis": cuando Dios había ordenado no gustar de un solo árbol del conocimiento del bien y del mal. No es de extrañar que haya engañado, porque aquellos que intentan engañar a alguien, tienen la costumbre de mentir. Así que la pregunta de la serpiente no es ociosa. Pero para que sepas que en el mandato no pudo haber ningún defecto, respondió la mujer, como tienes: "De todo árbol del paraíso comeremos: pero del fruto del árbol que está en medio del paraíso, dijo Dios: No comeréis de él, ni lo tocaréis para que no muráis". En el mandato ciertamente no hay defecto, pero en la relación del mandato. Pues tanto como la lectura presente enseña, aprendemos que no debemos añadir nada al mandato, ni siquiera por precaución. Pues si añades o quitas algo, parece ser una cierta transgresión del mandato. La forma pura y simple del mandato debe ser guardada, o la serie del testimonio debe ser comunicada. A menudo, el testigo, al añadir algo de su propia cosecha a la serie de los hechos, decolora toda la fe del testimonio con la mentira de una parte. Así que no se debe añadir nada, ni siquiera lo que parece bueno. Pues aquí, ¿qué ofensa tiene a primera vista lo que añadió la mujer: "Ni lo tocaréis"? Pues Dios no dijo tocaréis, sino no comeréis. Sin embargo, el error comienza a ser el principio. Pues lo que

añadió, lo añadió superfluamente, o al añadir de su propia cosecha, entendió que el mandato de Dios era semicompleto. Así que la serie presente de la lectura nos enseña que no debemos quitar nada de los mandatos divinos, ni añadir. Pues si Juan juzgó esto de sus escritos: "Si alguno añade a esto", dice, "Dios añadirá sobre él las plagas que están escritas en este libro: y quien quite de las palabras de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida" (Apoc. XXII, 18 y 19): ¡cuánto más no se debe quitar nada de los mandatos divinos! De aquí, pues, comenzó la primera transgresión del mandato. Y muchos piensan que este defecto no es de la mujer, sino de Adán: que así dijo Adán a la mujer, mientras quería hacerla más cauta, que añadiera que Dios había mandado: "Ni lo tocaréis". Pues tenemos que Adán, no Eva, recibió el mandato de Dios. Pues aún no había sido formada la mujer. Las mismas palabras de Adán con las que dijo a la mujer la forma y serie del mandato, no las revela la lectura: pero entendemos que la serie del mandato pasó del hombre a la mujer. Sin embargo, que otros vean qué piensan; a mí me parece que el defecto comenzó con la mujer, que el engaño comenzó. Pues aunque de los dos parece incierto, sin embargo, el sexo revela quién pudo haber errado primero. Añade que ella está constreñida por el prejuicio, cuyo error fue encontrado primero después. Pues el hombre fue autor del error para la mujer, no la mujer para el hombre. De donde también Pablo dice: "Adán", dice, "no fue engañado: pero la mujer, siendo seducida, cayó en transgresión" (I Tim. II, 14).

57. Ahora veamos si además de la adición que se aplicó al mandato, lo que se añadió parece haber perjudicado. Pues en verdad, si es bueno: "Ni lo tocaréis", y servía para la precaución, ¿por qué Dios no lo prohibió, es más, al no prohibirlo, parece haberlo permitido? Así que se debe investigar ambos, por qué razón ni lo permitió, ni lo prohibió. Pues hay quienes dicen, ¿Por qué razón lo que hizo parecer, no mandó también tocarlo? Pero cuando escuchas que en ese árbol estaba la naturaleza del conocimiento del bien y del mal, se puede estimar que no quiso que tocaras el mal. Pues nos basta ver a Satanás como un rayo cayendo del cielo, según la voz del Señor (Luc. X, 18), y dando alimento no a los hijos de la luz, sino a los de la noche y las tinieblas; porque está escrito: "Lo dio como alimento a los pueblos de Etiopía" (Sal. LXXIII, 14). Esto, pues, se dijo de él, que no mandó tocarlo. Pero lo que no prohibió, escucha lo que entiendo. Hay muchas cosas que pueden dañar, si queremos beberlas antes de conocer qué son. Pues también con los alimentos y la bebida a menudo sucede. Pues si lo que es amargo lo conoces antes, te vistes de paciencia; y si entiendes que lo amargo es beneficioso, te vistes de tolerancia, para que la amargura no te ofenda repentinamente, y comiences a rechazar lo que es beneficioso. Así que es beneficioso conocer antes; para que de lo que conoces que es beneficioso, no desprecies lo amargo. Pero estas cosas pueden dañar menos: observa lo que puede dañar más, si no se prevé.

58. Un gentil es, tiende a la fe: es catecúmeno, quiere recibir una mayor plenitud de doctrina y fe; tenga cuidado de no aprender mal mientras quiere aprender, y aprenda de Fotino, aprenda de Arrio, aprenda de Sabelio: se entregue a tales maestros cuya cierta autoridad lo retenga; y llevado por cierta presunción de los maestros, no sepa juzgar lo que se le ha impreso en sus sentidos tiernos. Así que primero con los ojos de la mente vea qué sigue: vea dónde está la vida: toque finalmente las vitales lecturas divinas, para que no sea ofendido por ningún intérprete perverso. Sabelio le lee: "Yo en el Padre, y el Padre en mí" (Juan XIV, 10), y dice que es una sola persona. Fotino lee: "Porque hay un mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús" (I Tim. II, 5). Y en otro lugar: "¿Por qué queréis matarme, hombre?" (Juan VIII, 40). También lee Arrio que dijo: "Porque el Padre es mayor que yo" (Juan XIV, 28). Se lee claramente: pero debe considerar antes cómo se dijo, para que pueda advertir la razón de las palabras. Es llevado por cierta autoridad de los maestros; y le habría sido más provechoso no haber buscado, que haber encontrado tal maestro. Pero también si

algún gentil recibe las Escrituras, lee: "Ojo por ojo, diente por diente" (Lev. XXIV, 20). También lee: "Si tu mano derecha te escandaliza, córtala" (Mat. V, 30); no entiende el sentido, no advierte los arcanos del divino discurso, cae peor que si no hubiera leído. Y por eso enseñó cómo debían investigar la Palabra de Dios, no superficialmente, no imprudentemente, sino diligente y cuidadosamente: "Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, y lo que hemos visto, nuestros ojos lo han percibido, y nuestras manos han palpado acerca del Verbo de vida: y lo hemos visto y testificamos, y os anunciamos" (I Juan I, 1 y 2). Ves que antes, como con ciertas manos, ha palpado la Palabra de Dios, y después ha anunciado: y por eso nada habría perjudicado a Adán y Eva tal vez la palabra, si al palparla diligentemente con ciertas manos de la mente la hubieran tocado antes. Pues los débiles al palpar, y al investigar más diligentemente, pueden investigar la naturaleza de lo que no entienden. Ciertamente, aquellos débiles, ese árbol en el que conocían que estaba el conocimiento del mal, antes de tocarlo, debieron haberlo investigado. Pues a menudo el conocimiento del mal puede sernos beneficioso. Y por eso leemos las fraudes del diablo ya sea en esta lectura, o en la profecía (Ezequiel XXVIII, 18), para que aprendamos cómo podemos evitar sus artes. Pues deben conocerse sus tentaciones, no para seguirlas, sino para evitarlas instruidos y enseñados.

59. Hay quienes tienen duda en este lugar, si Dios dijo que se debía gustar de todo árbol, de modo que con todo árbol, así también se gustara del árbol del conocimiento del bien y del mal; o si de todo árbol se debía gustar, y del solo árbol del conocimiento del bien y del mal dijo que no se debía gustar. Quienes no piensan que sea una razón inútil, que aunque el alimento de este árbol fuera nocivo; sin embargo, si se comiera con los demás, no podría ser nocivo: puesto que también se dice que el antídoto de la triaca se suele confeccionar del cuerpo de la serpiente, que ciertamente el veneno y el cuerpo de la serpiente, cuando se toma solo, daña; cuando se mezcla con otros, es para la salud y el bienestar. También el conocimiento del bien y del mal, si tiene algo de sabiduría, si alguien siempre se enfoca en la vida, si alguien sigue los demás géneros de virtudes, no se considera inútil. Por esta razón, muchos han pensado que también se puede entender aquello; para que parezca que Dios lo prohibió, no para que se gustara del solo árbol del conocimiento del bien y del mal sin los demás, sino que no lo prohibió con los demás. Y esto lo piensan dicho, porque Dios dijo a Adán: "¿Quién te ha dicho que estabas desnudo, sino del árbol del cual te había mandado, de este solo no comieras, comiste?" (Gén. III, 11). Lo que parecería dar algún lugar a la interpretación, si la mujer en lo anterior, diciendo la serpiente: "¿Por qué ha dicho Dios que no comáis de todo árbol que está en el paraíso?" hubiera respondido: "Del que está en medio del paraíso, dijo Dios: No comeréis de él". En lo cual, aunque la fe de la mujer que iba a transgredir parece más débil, sin embargo, no despojaré a Adán de todas las virtudes, para que parezca que en el paraíso no alcanzó ninguna virtud, no gustó de los demás árboles, y cayó en la culpa antes de haber conseguido algunos frutos. No despojaré, pues, a Adán, para no despojar a todo el género humano, que es inocente antes de recibir el sentido del conocimiento del bien y del mal. Pues no se dijo en vano: "Si no os convertís y os hacéis como este niño, no entraréis en el reino de los cielos" (Mat. XVIII, 3). Pues el niño cuando se le maldice, no maldice de vuelta: cuando se le golpea, no golpea de vuelta: no conoce las tentaciones de la ambición y el robo.

60. Por lo tanto, creo más verdadero que Dios mandó que no se comiera del árbol ni siquiera con los demás frutos. Pues aunque el conocimiento es bueno para el perfecto, para el imperfecto es inútil. Me atrevería a decir que todo hombre es imperfecto, cuando el mismo Pablo dice como imperfecto: "No que lo haya alcanzado, o que ya sea perfecto: pero sigo adelante para ver si lo alcanzo" (Filip. I, 12). Y por eso dice el Señor a los imperfectos: "No

juzguéis, para que no seáis juzgados" (Mat. VII, 1). Así que el conocimiento es inútil para el imperfecto. Finalmente, "no conocía el pecado, sino por la ley que decía: No codiciarás" (Rom. VII, 7). Y más adelante: "Porque sin la ley el pecado estaba muerto" (Ibid., 8). ¿Qué me aprovechaba saber lo que no podía evitar? ¿Qué me aprovechaba saber lo que la ley de mi carne combatía? Pablo es combatido, y ve la ley de su carne oponiéndose a la ley de su mente, y ser llevado cautivo en la ley del pecado (Rom. VII, 23), y no presume de su conciencia (Vid. S. Aug. lib. II contra Jul. Pel., c. 5, n. 13); pero confía en que por la gracia de Cristo será liberado del cuerpo de muerte: ¿y tú piensas que alguien que sabe no puede pecar? Pablo dice: "Porque no hago el bien que quiero; sino el mal que no quiero, eso hago" (Rom. VII, 19): ¿y tú piensas que el conocimiento es beneficioso para el hombre, que aumenta la envidia del delito? Sin embargo, supongamos que el perfecto no puede pecar. Dios preveía a todos los hombres en Adán, y por eso no convenía promiscuamente al género humano tener el conocimiento del bien y del mal, que no podía ejercitar como debía por los vicios de la carne.

CAPÍTULO XIII.

Cómo las tentaciones del diablo están llenas de mentiras; y sobre el engaño de la mujer, y la caída de Adán. Cómo también conocieron que estaban desnudos, y se hicieron cinturones, y qué se significa por ellos.

61. Aprendamos, pues, que las tentaciones del diablo están llenas de mentiras; pues apenas parece haber una verdad en lo que prometió, el resto lo compuso falso. Pues así tienes: "Y la serpiente dijo a la mujer: No moriréis" (Gén. III, 4). He aquí una mentira; pues el hombre que siguió las promesas de la serpiente murió. Luego añadió: "Sabe Dios que el día que comáis de él, se abrirán vuestros ojos" (Ibid., 5). Esto solo es verdad, porque más adelante tienes: "Porque ambos comieron, y se abrieron sus ojos" (Ibid., 7). Pero esta verdad que perjudicó. Pues no es útil abrir los ojos a todos, porque está escrito: "Verán y no verán" (Isaías VI, 9). Pero inmediatamente se adhirió la mentira, porque añadió: "Y seréis como dioses, sabiendo el bien y el mal" (Gén. III, 5). En lo cual se puede advertir que la serpiente es el autor de la idolatría, ya que parece haber introducido en el error de los hombres varios dioses por cierta astucia de la serpiente. Y esto engañó, porque el hombre como dioses. Pues no solo dejaron de ser como dioses los hombres, sino que también aquellos que eran como dioses, a quienes se les dijo: "Yo dije, dioses sois", perdieron su gracia (Sal. LXXXI, 6).

62. "Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos para ver, y hermoso para contemplar" (Gén. III, 6). Débil autor del juicio que juzgaba sobre lo que no había probado. Y por eso no parece fácil tomar para alguna obra lo que no hemos examinado diligentemente, lo que no hemos probado con afecto interior. "Tomando", dice, "del fruto de él comió, y dio a su marido con ella, y comieron ambos". Bien se omitió donde Adán es engañado; porque no por su culpa, sino por el vicio de su esposa cayó.

63. "Y se abrieron", dice, "los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos" (Ibid., 7). Y antes ciertamente estaban desnudos, pero no sin los revestimientos de las virtudes (De Poenit. dist. 2, c. Ut cognoverunt). Estaban desnudos por la simplicidad de costumbres, y porque la naturaleza no conocía el vestido del fraude. Ahora, sin embargo, la mente humana está velada con muchos envoltorios de simulaciones. Así que después de que se vieron despojados de aquella sinceridad y simplicidad de la naturaleza íntegra e incorrupta, comenzaron a buscar cosas mundanas y manufacturadas, con las que cubrir la desnudez de su mente: uniendo deleites a deleites, y las sombras de los placeres de este mundo como hojas a

hojas, con las que ocultar su secreto genital. Pues ¿cómo tuvo Adán los ojos del cuerpo cerrados, que vio a todos los animales de tal manera que les puso nombre? ¿Cómo conocieron, es decir, con un conocimiento interior y más alto, que no les faltaba una túnica, sino los velos de las virtudes?

64. "Y cosieron", dice, "hojas de higuera, y se hicieron cinturones" (Ibid. 7). La higuera en este lugar, ¿por qué especie debemos tomarla? La serie de las lecturas divinas nos enseña: puesto que la Escritura ha recordado que los santos descansan bajo la vid y la higuera (Miqueas IV, 4), y Salomón dijo: "¿Quién planta una higuera, y no come de su fruto?" (Prov. XXVII, 18), y el Señor vino a la higuera; pero se ofendió porque no encontró fruto, sino solo hojas. Así que Adán me enseña qué son las hojas, que después de pecar, hizo para sí un cinturón de hojas de higuera, que más bien debió haber probado de sus frutos. El justo elige el fruto, el pecador las hojas. ¿Cuál es el fruto? "El fruto", dice, "del espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza" (Gálatas V, 22). No tenía fruto, quien no tenía gozo. No tenía fe, quien había transgredido el mandato de Dios. No tenía templanza, quien había probado del árbol prohibido.

65. Así que cualquiera que transgrede el mandato de Dios, es despojado y desnudo; y se hace a sí mismo vergonzoso: quiere cubrirse con ciertas hojas de higuera, tal vez con ciertos discursos vanos o sombríos, que cosiendo con mentiras compuestas, y construyendo palabra sobre palabra, para cubrir la conciencia de su mente, el pecador teje un velo de su hecho, para cubrir sus vergüenzas. Pues se echa sobre sí hojas, quien deseando cubrir su culpa, ya sea menciona al diablo como autor del delito, o presenta las seducciones de la carne, o revela a otro como persuasor del error. Y frecuentemente saca ejemplos de las Escrituras divinas, en los que afirma que los justos cayeron en culpa, diciendo si acaso fue sorprendido en fornicaciones: Y Abraham se acostó con la sierva (Gén. XVI, 4), y David deseó a una ajena y la tomó por esposa (II Reg. XI, 4 y 27). Pues se cose para sí ciertas hojas, ciertos ejemplos de la serie de las Escrituras proféticas, no cree que se deba buscar el fruto de ellas.

66. ¿No te parece que también los judíos cosen hojas, mientras interpretan corporalmente las palabras de la ley espiritual? Cuya interpretación pierde todo fruto de verdor, condenada por la maldición de la aridez eterna. Así que la buena interpretación, es decir, la higuera espiritual es fructífera, bajo la cual descansan los justos y santos. Quien la haya plantado en las almas de cada uno, como dice Pablo: "Yo planté, Apolo regó" (I Cor. III, 6), comerá de su fruto. Pero la mala interpretación no podrá dar fruto, ni conservar el verdor.

67. Así que lo que es más grave (Vid. S. Aug. II cont. Jul. Pelag., c. 6, n. 16), Adán se ciñó con esta interpretación en el lugar donde más bien debió ceñirse con el fruto de la castidad. Pues en los lomos con los que nos ceñimos, se dice que hay ciertas semillas de generación; y por eso Adán fue mal ceñido allí con hojas inútiles, donde no habría de ser el fruto de la futura generación, sino ciertos pecados que permanecieron hasta la venida del Señor Salvador. Sin embargo, después de que el Señor vino, encontró la higuera inculca: rogó que no se ordenara cortarla, para que se permitiera cultivarla. Y por eso ya no nos ceñimos con hojas, sino con el divino discurso; porque el mismo Señor dice: "Estén ceñidos vuestros lomos, y vuestras lámparas encendidas" (Luc. XII, 35). De donde también prohíbe llevar dinero en nuestras bolsas (Mat. X, 9); pues nuestra bolsa no debe guardar cosas mundanas, sino eternas.

CAPÍTULO XIV.

Sobre la voz del Señor paseando al atardecer, y la reprensión de Adán, "¿Dónde estás?" Por qué además se reprende primero a Adán, cuando la mujer fue la primera en comer: y sobre la excusa de la mujer, y los misterios designados por ello.

68. "Y oyeron", dice, "la voz del Señor Dios paseando en el paraíso al atardecer" (Gén. III, 8). ¿Qué es el paseo de Dios que siempre está en todas partes? Pero creo que es un cierto paseo de Dios a través de la serie de las Escrituras divinas, en las que se mueve una cierta presencia de Dios; cuando escuchamos que Él observa todo, y los ojos del Señor están sobre los justos: cuando leemos que Jesús conocía sus pensamientos (Luc. VI, 8): cuando leemos: "¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones?" (Mat. IX, 4). Así que mientras recitamos estas cosas, conocemos a Dios como paseando. Así que el pecador había huido, no donde pudiera ocultarse de la vista de Dios: sino que deseaba ocultarse dentro de su conciencia, no quería que sus obras brillaran. Pues es del justo ver cara a cara; porque la mente del justo no solo está presente a Dios, sino que también discute con Dios, como está escrito: "Juzgad al huérfano, y defended a la viuda, y venid, y discutamos, dice el Señor" (Isaías I, 17 y 18). Así que cuando el pecador lee estas Escrituras divinas, escucha la voz de Dios como paseando al atardecer. ¿Qué es al atardecer, sino que reconoce su culpa tarde, y tarde viene una cierta vergüenza del error pasado, que debió haber prevenido el error? Pues mientras la culpa hierve en el cuerpo, y el alma es agitada por las pasiones del cuerpo, el sentido errante no piensa en Dios, es decir, no escucha a Dios paseando en las Escrituras divinas, paseando en las mentes de cada uno. Pues Dios dice: "Porque habitaré en ellos, y entre ellos pasearé, y seré su Dios" (Levítico XXVI, 12). Así que cuando el temor del poder divino ha regresado al sentido del alma, entonces nos avergonzamos, entonces deseamos ocultarnos, entonces en las cogitaciones de nuestros pecados, en medio del árbol del paraíso donde pecamos, somos descubiertos, deseando ocultarnos, y pensando que Dios no busca lo oculto. Pero el escudriñador de las almas y de las cogitaciones, penetrando hasta la división del alma, dice: "Adán, ¿dónde estás?" (Gén. III, 9).

69. ¿Cómo habla Dios? ¿Acaso con voz corporal? No ciertamente, sino que con una cierta virtud más excelente, que puede ser la voz del cuerpo, emite oráculos. Esta voz suya la escucharon los profetas; esta voz la escuchan los fieles, los impíos no la entienden. Pues en el Evangelio tienes, que el evangelista escuchó al Padre diciendo: "Y lo he glorificado, y lo glorificaré de nuevo" (Juan XII, 28); pero los judíos no escucharon. Pues decían: "Un trueno ha sonado" (Ibid., 29). Allí, pues, como tienes arriba, porque se sentía a Dios paseando que no paseaba: así se escuchaba a Dios hablando, que no hablaba.

70. Pero consideremos qué dice: "Adán, ¿dónde estás?" Aún hay remedio de salud en aquellos que escuchan la palabra de Dios. Pues los judíos que se cerraron los oídos para no escuchar, hoy tampoco merecen escuchar. Luego tienen remedio aquellos que se ocultaron. Pues quien se oculta, se avergüenza: quien se avergüenza, se convierte; como está escrito: "Confúndanse, y conviértanse todos muy rápidamente" (Sal. VI, 11). Luego esto mismo que llama, es indicio de que va a sanar, porque el Señor a quienes se compadece, también llama. Pero al decir, "¿Dónde estás?" no busca el lugar quien conoce el arcano; pues Dios no tenía los ojos cerrados, para no ver al que se ocultaba. Pues por eso dijo: "Adán se ha hecho como uno de nosotros" (Gén. III, 22); porque abrió los ojos. Y aquí ciertamente abrió los ojos, para ver su culpa, que no pudo evitar. Pues después de que pecamos, no sé cómo conocemos nuestros delitos: y entonces entendemos que es pecado, lo que antes de pecar no pensábamos que era pecado. Ciertamente no pensábamos que era pecado para ser condenado; pues si lo condenáramos, no lo admitiríamos. Pero Dios ve las culpas de todos, y conoce los delitos de todos: tiene ojos sobre toda alma, sobre los ocultos de todos. ¿Qué es, pues: "Adán, ¿dónde

estás?" Es decir, no en qué, sino en qué estás. No es, pues, una pregunta, sino una reprensión. ¿De qué bienes, de qué bienaventuranza, de qué gracia has caído en qué miseria? Has abandonado la vida eterna, y te has sepultado en la muerte, sepultado en el error. ¿Dónde está aquella tu confianza consciente de sí misma? Este temor confiesa la culpa, la ocultación la transgresión. ¿Dónde estás, pues? Esto es, no busco en qué lugar, sino en qué estado. ¿A dónde te han llevado tus pecados, para que huyas de tu Dios a quien antes buscabas? Tal vez te mueva por qué se reprende primero a Adán, cuando la mujer fue la primera en gustar. Pero el sexo más débil comenzó con la transgresión, el más fuerte con la vergüenza y la excusa; para que la mujer fuera la causa del error, el hombre del pudor.

71. Y la mujer dijo: "La serpiente me engañó, y comí" (Gén. III, 13; De Poenit. dist I, c. Serpens). Culpa venial que sigue a la confesión de los delitos. Por eso la mujer no fue desesperada, que no ocultó a Dios, sino que más bien confesó su pecado, y siguió una sentencia más curable. Es bueno ser condenado en el pecado, y ser azotado en el delito, para que seamos azotados con los hombres. Pues Caín, porque quiso negar el crimen, fue juzgado indigno de ser castigado en el pecado: pero fue dejado sin prescripción de pena, tal vez no tanto por el mayor crimen de parricidio (pues lo cometió contra su hermano) como por el sacrilegio, que creyó mentir a Dios diciendo: "No sé: ¿acaso soy yo el guardián de mi hermano?" (Gén. IV, 9). Y por eso la acusación del diablo le fue reservada; para que sea azotado con sus ángeles, quien no quiso ser azotado con los hombres. Pues de tales se ha dicho: "No hay declinación de su muerte... y no serán azotados con los hombres" (Sal. LXXII, 4 y 5). Así que otra es la razón de la mujer, que aunque había caído en la culpa de la transgresión, sin embargo, de los árboles del paraíso aún tenía el alimento de la virtud; y por eso dijo su pecado, y le fue contado para perdón. Pues el justo es acusador de sí mismo al principio del discurso. Pues nadie puede ser justificado del pecado (De Poenit. dist. 1, c. Non potest), si no ha confesado antes el pecado. De donde el Señor dice: "Di tus iniquidades, para que seas justificado" (Isaías XLIII, 26).

72. Así que porque Eva misma confesó el delito, le sigue una sentencia que condenará el error, y no negará el perdón, para que se vuelva a su marido y le sirva. Primero para que no la delecte fácilmente errar: luego para que colocada bajo un vaso más fuerte no conduzca al hombre, sino que más bien sea gobernada por el consejo del hombre. En lo cual ciertamente reconozco claramente el misterio de Cristo y la Iglesia. Pues se designa la futura conversión de la Iglesia a Cristo, y el servicio religioso sometido a la Palabra de Dios, que es mucho mejor que la libertad de este siglo. Pues está escrito: "Adorarás al Señor tu Dios, y a Él solo servirás" (Deut. VI, 13). Este servicio de Dios es un don. Pues entre las bendiciones se cuenta el servicio de esta servidumbre; pues también Isaac en el lugar de la bendición se la dio a Esaú su hijo, para que sirviera a su hermano. Pues él pedía la bendición; y aunque sabía que una le había sido arrebatada, sin embargo, pedía otra diciendo: "¿Acaso tienes una sola bendición, Padre?" (Gén. XXVII, 38). Por este servicio, pues, aquel que había vendido antes sus primicias por gula, y había perdido la gracia de la bendición por el afán de la caza agreste, creyó que sería mejor si veneraba el tipo de Cristo en su hermano. Pues este servicio es poderoso en el pueblo cristiano, como también el Señor dijo a sus discípulos: "El que quiera ser el primero entre vosotros, sea el siervo de todos" (Mat. XX, 27). Pues este servicio lo obra la caridad, que es mayor que la esperanza y la fe. De donde está escrito: "Por la caridad servíos los unos a los otros" (Gálatas V, 13). Este es, pues, el misterio que el Apóstol dice que está en Cristo y en la Iglesia (Efes. V, 32). Pues esta en verdad fue antes en la transgresión, pero será salva por la generación de los hijos en la fe, y la caridad, y la santificación, con castidad. Pues la generación de los hombres que transgredió en los padres

se salva por los hijos; para que lo que había ofendido en los judíos, lo corrija en la posteridad cristiana.

CAPÍTULO XV.

Por qué el pecado de la mujer es digno de perdón; y qué se significa por la serpiente, la mujer, y el hombre. Qué tipo de condenación tiene la serpiente; y en qué se distingue de la condenación de Adán.

73. La serpiente, dice, me persuadió: y esto pareció venial a Dios; porque sabía que la serpiente tiene muchas maneras de engañar (porque se transfigura en ángel de luz, y sus ministros como ministros de justicia son) imponiendo nombres falsos a las cosas, para que llame virtud a la temeridad, y ponga el nombre de industria a la avaricia. Pues la serpiente engañó a la mujer, la mujer condujo al hombre a la transgresión de la verdad. La serpiente tomó el tipo de la delectación corporal: la mujer es símbolo de nuestro sentido, el hombre de la mente. Así que la delectación mueve el sentido, el sentido transfiere a la mente la pasión que ha recibido. Así que la delectación es el primer origen del pecado, y por eso no te maravilles, por qué se condena primero a la serpiente en el juicio de Dios, segundo a la mujer, tercero al hombre. Según el orden del error, también se guardó el orden de la condenación. Pues la delectación acostumbra hacer cautivo al sentido, y el sentido a la mente. Pero para que sepas que la serpiente es tipo de la delectación, observa su condenación.

74. "Sobre tu pecho", dice, "y en tu vientre andarás" (Gén. III, 14). ¿Quiénes son los que andaban en su vientre, sino los que viven para el vientre y la gula, cuyo dios es el vientre, y su gloria en sus vergüenzas, que piensan en lo terrenal, y cargados de comida se inclinan a lo terrenal? Bien, pues, dice a la delectación, que atenta a los alimentos parece comer tierra: "Sobre tu pecho, y en tu vientre andarás, y comerás tierra todos los días de tu vida". Se debe quitar toda excusa al diablo; no sea que pueda alegar algo de su malicia, para decir que su iniquidad vino de la condenación; y por eso se esfuerza obstinadamente en dañar a los hombres, porque fue condenado para dañar: lo cual parece cercano a la opinión, si tomamos esta sentencia como de condenación. Pues Dios no condenó a la serpiente para que dañara: sino que mostró lo que sería. Y ciertamente aquella tentación que más bien beneficia a los hombres, lo demostramos arriba (c. 2, n. 9): pero sin embargo, cuando leemos lo que está escrito, diciendo Dios: "A los que me honran, los honraré, y el que me desprecia será privado de honor" (I Sam. II, 30), nos es lícito estimar algo de estas palabras. Pues Dios obra lo que es bueno, no lo que es malo. Así que las palabras divinas te enseñan, porque obra la gloria, deja la pena. "A los que me honran", dice, "los honraré", declarando que el honor es de su buena obra. Y a los que me desprecian, no dijo los privaré de honor; sino, serán privados de honor; no atribuyendo a su obra su injuria, sino mostrando lo que sería. Así que aquí no dijo: Te hago andar sobre tu pecho, y en tu vientre, y comer tierra todos los días de tu vida: sino: "Andarás", dice, "y comerás"; para que pareciera que predijo más bien sobre la serpiente lo que sería, que prescribió lo que haría. Pues la tierra, dice, será tu alimento, no el alma: pues también esto beneficia a los pecadores. De donde también el Apóstol entregó a tales para la destrucción de la carne, para que el espíritu sea salvo en el día de nuestro Señor Jesucristo. Pero dice que la serpiente reptaba sobre el pecho y el vientre, no tanto por la figura del cuerpo, como porque por las cogitaciones terrenales ha caído de aquella bienaventuranza celestial. Pues el pecho frecuentemente se toma como un cierto refugio de sabiduría. Y por eso el Apóstol reclina su cabeza sobre el pecho de Cristo, no la inclina a la tierra. Así que si la sabiduría del diablo se compara con las fieras más feroces, que tienen el pecho entre los pies: y también los hombres que piensan en lo terrenal, y no se elevan con afecto interior al cielo,

parecen reptar con el vientre por la tierra; ciertamente no debemos llenar el vientre de nuestra alma con las cosas corruptibles de este mundo, sino más bien saciarlo con la palabra de Dios. Bien, pues, David asumiendo la persona de Adán dice: "Mi alma se ha humillado en el polvo, mi vientre se ha adherido a la tierra" (Sal. XLIII, 25). Pues se ha adherido mientras se configura con la serpiente, que se alimenta en la iniquidad terrenal. Y por eso el Apóstol dice que debemos configurarnos con Cristo (Rom. VI, 5), para que la virtud de Cristo se manifieste en nosotros. Esta sentencia no se considera grave para la serpiente, cuando también Adán, que pecó más levemente, es condenado con tal sentencia.

75. Pues está escrito: "Maldita será la tierra por tus obras: con tristeza comerás de ella todos los días de tu vida" (Gén. III, 17). Ciertamente parece haber una cierta similitud de sentencia: pero sin embargo, en esa misma similitud hay una gran diferencia. Pues hay diferencia entre si alguien come tierra, como se dijo a la serpiente, que comerá tierra: o como se dijo al hombre, "con tristeza comerás". Pues esta adición: "Con tristeza", hace la diferencia. Considera qué fuerza tiene la diferencia. Es mejor para mí comer tierra con tristeza, que con deleite, es decir, que en un cierto acto y sentido del cuerpo parecerme contristado, que deleitarme en el pecado. Pues muchos por sus excesivas iniquidades no reciben la conciencia del pecado. Pero aquel que dice: "Castigo mi cuerpo, y lo reduzco a servidumbre" (I Cor. IX, 27), se contrista en la penitencia de nuestros pecados; pues no tuvo tantos delitos propios, para que debiera contristarse en ellos. Pues también nos sugiere que esta tristeza es útil, que es según Dios, no según el mundo. "Es necesario", dice, "que os contristéis en penitencia según Dios" (II Cor. VII, 9 y 10); pues la tristeza según Dios opera salvación, pero la tristeza del mundo opera muerte. Pero también del Antiguo Testamento toma que aquellos que se contristaban en las obras corporales llegaron a la gracia; pero aquellos que se deleitaban en las obras de este mundo permanecieron en el castigo. Pues los hebreos que gemían en los trabajos de Egipto, alcanzaron la gracia de los justos (Éxodo II, 24). Y porque comieron el pan con tristeza, fueron alimentados con alimento espiritual (Éxodo XVI, 13 y ss.): pero los egipcios que celebraban tales obras con exultación, sirviendo a un rey detestable, no obtuvieron ningún perdón.

76. Pero hay también aquella distinción, que se dice a la serpiente que comerá tierra; pero a Adán: "Con tristeza", dice, "comerás, y con sudor comerás, y comerás la hierba del campo" (Gén. III, 18 y 19); para que entendamos que hay un cierto progreso en esto, y cuando comemos tierra, parecemos estar en una cierta malicia: cuando comemos hierba, en un cierto progreso: pero cuando comemos pan, cuando se haya consumado la fortaleza. Así que también nosotros tengamos un progreso en esta vida, como lo tuvo Pablo que dice: "Vivo, pero ya no yo" (Gálatas II, 20), es decir, no yo que antes comía tierra: no yo que comía hierba, porque toda carne es hierba: "Sino que vive en mí Cristo", es decir, vive el pan vivo que vino del cielo, vive la sabiduría, vive la gracia, vive la justicia, vive la resurrección.

77. Luego considera que no se maldice al hombre, sino que se maldice a la serpiente: ni se maldice la tierra en sí misma; sino "Maldita", dice, "en tus obras", lo que se dijo a Adán. Entonces la tierra es maldita, si tienes obras terrenales, es decir, obras mundanas. Y no maldita en general; sino para que produzca espinas y cardos, a menos que haya sido ejercitada por el estudio de la operación humana. Pues si la ejercitamos, con trabajo y sudor, pero comeremos pan. Pues la ley de la carne se opone a la ley de la mente. Y debemos trabajar y sudar, para castigar el cuerpo, y reducirlo a servidumbre, y sembrar lo que es espiritual. Pues si sembramos lo carnal, cosecharemos lo que es carnal: pero si sembramos lo espiritual, cosecharemos lo que es espiritual. (S. Aug., l. II cont. Jul. Pelag., c. 5).